



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

Carter
Scott

RIENDO
Y
MURIENDO





TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© CARTER SCOTT

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06 02712-6

Depósito legal: M. 38.698 - 1980

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villa Franca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

RIENDO Y MURIENDO

Carter Scott

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

R

URT Chade encendió la luz de la habitación y...

—¡No! ¡Es... imposible! ¡No...! ¡Dios mío! ¡No...!

La última negativa, el aullido aterrador, selló su boca en un mutismo de estatua, mientras el cerebro se sumía en un caos de razones que pretendieron probar la irrealidad de aquel momento. Que le empujaron a creer en una pesadilla.

—¡No! ¡Le convencí por completo...! ¡Es absurdo pensar que fingía al tomarse por primera vez la medicina...! ¡Yo le vi sonreír! —volvió a gritar, llevándose las manos a la cara, porque empezaba a aceptar la amarga verdad—. Prometió resignarse a depender de mí... ¡Se hizo a la idea de ser un enfermo incurable...! ¡Esperé a que se durmiera! Si hasta me pareció que descansaba plácidamente... ¡Dios mío! ¡Y planeaba esto!

Esto encerraba un mundo aniquilado, una vida truncada, la imposibilidad absoluta y la mayor cobardía a la que puede entregarse un ser humano.

Esto era un rostro lívido, de ojos desorbitados, en el que destacaba la boca que dejaba escapar una lengua cuya visión estremecía; y era un cuerpo inmóvil colgado de una cuerda sujeta a la lámpara del techo...

¡Ahorcado!

—¿Por qué, Elmer? Prometiste que ya no volverías a disgustarme... ¡Y lo has hecho de la forma más atroz! ¡Porque tú me mentiste... deseando quedarte solo... para quitarte la vida! ¿Por qué? ¡Contesta! ¡Te exijo una respuesta! —exclamó con los puños levantados y la mirada velada por las lágrimas.

—¡Ja, ja, ja, ja!

Kurt escuchó las carcajadas sin alterar sus gestos. Solo miró hacia la puerta de la habitación.

—¡Una broma genial, muchacho! ¡Ni en la universidad nos habría salido mejor! Elmer es un artista... ¡Ja, ja, ja! ¡Te has tragado el cuento de una vez por todas! ¿Es que vas a negarlo?

El que reía se llamaba Archibald Cromwell, Ar para sus íntimos, y vestía un traje claro y una camisa almidonada sobre la que destacaba la corbata más chillona.

—Tú sabes cómo suelo venir a esta casa, muchacho —Ar se dispuso a representar las palabras con gestos y movimientos—. Antes de pulsar el timbre me muerdo los labios, así... Siempre termina dándome resultado

pues olvido que soy un redomado bromista. Pero hoy... ¡Ah, muchacho! ¡Hoy se produjo un milagro!

Mientras, Kurt Chade permanecía quieto, escuchando.

—Cuando se abrió la puerta yo había logrado componer una expresión de velatorio. Empecé a decir: «Vengo a animar al pobre enfermo...» ¡Y allí mismo, tan fresco como una lechuga californiana, encontré a tu hermano! ¿Sabes lo que hizo al verme? ¡Vamos, muchacho, te desafío a que lo adivines!

No hubo respuesta.

—Te cuesta asimilar la broma, muchacho. Lo entiendo —su boca formó una sonrisa de oreja a oreja—. Pues te diré lo que sucedió... ¡Fue graciosísimo! Elmer se me quedó mirando, nada más abrir la puerta, señaló a mí cara y preguntó: ¿Cuándo te dijo tú médico que padecías una úlcera de estómago, Ar? ¡Ja, ja, ja! ¡Aparezco dispuesto a consolarle y él me suelta que mi seriedad se debe a que estoy enfermo! ¡Ja, ja, ja!

Kurt anduvo la corta distancia que le separaba del riente.

—Estallé en una carcajada mayor que estas. Luego entré en vuestra casa. ¡Ja, ja, ja! ¿Sabes en qué momento se me ocurrió lo del ahorcado?

Kurt como única respuesta movió el brazo derecho, rabiosamente, y apretó los labios.

El puñetazo frenó un nuevo torrente de hilaridad y derribó al bromista.

—Pero... ¿Qué significa esto, muchacho? —preguntó Ar limpiándose el hilillo de sangre que corría por la comisura de sus labios—. ¡Tu hermano y yo queríamos divertirnos! ¿No es cierto, Elmer?

Kurt Chade, al levantar del suelo al bromista cogiéndole por las solapas de la chaqueta, compuso una expresión salvaje de odio y de cólera.

—¿Es que no aguantas una broma? ¿Tan difícil se te hace creer que tu hermano cuelga de una cuerda que, sujetándole por las axilas, se cierra alrededor del ancho collar de acero que rodea su cuello? —habló deprisa convencido de que eliminaría el brote de violencia—. Anda, muchacho, suéltame... Entiendo que nos hemos pasado un poco... ¿Verdad, Elmer?

Kurt se convirtió en una carátula de venganza, y descargó los puños con más saña y repetidamente.

—¡Elmer! ¿A qué esperas para decir a este loco que me deje...? ¡Yo quería ayudarte! Después de la tercera botella de cerveza la idea te pareció fabulosa y corriste, tú mismo, a buscar los dos trozos de acero que te sirven de collar...! Pero... ¿Por qué sigues callado?

Al ver cómo su enemigo alargaba aquellas manos, que le habían machacado el rostro, pretendió escapar consciente de que ninguna palabra, ni el mejor defensor del mundo, le salvarían de la muerte.

Pero no tardó en saber, después de ser zancadilleado, que tampoco lo lograría por sus propios medios.

Fue levantado del suelo y le llovieron los golpes por todas partes. Crujieron sus huesos, le brotó sangre de las cejas, de la boca, y de la nariz,

mientras su realidad se convertía en una trampa mortal carente de la más mínima posibilidad de salvación.

—¡Piedad, Kurt! He recibido demasiado castigo... Déjame, te lo ruego... —pidió de rodillas aquel amasijo de carne herida, aquel ser vencido que ya nunca volvería a reír—. ¿Qué te he hecho yo? ¡No... no me golpees más!

Pero la furia siguió desatada.

—Elmer estaba enfermo del corazón... ¡Tú lo sabías, maldito! —las palabras del verdugo casi fueron dardos lanzados a muy corta distancia, porque los rostros estaban materialmente juntos—. ¡Te dije que cualquier alteración emocional le provocaría un colapso...! ¡Y se te ocurrió la «broma genial»! ¡Seguro que Elmer sufrió un ataque de risa al verse colgando de la cuerda...! ¡Pensaba en mi sorpresa, en lo mucho que nos divertiríamos...! ¡Hasta que se produjo el fallo cardíaco!

Archibald Cromwell, que ya nunca se llamaría Ar, movió la cabeza en un deseo inútil de lograr que las dos manos dejaran de ser un dogal alrededor de su cuello.

Luego solo le quedó el recurso de mirar, con ojos desorbitados, al hombre que le envió al más allá, a la muerte.

Kurt Chade siguió apretando sus dedos largos, duros, sin advertir que sostenía un cadáver. Y únicamente el cansancio le obligó a abandonar el ataque desesperado.

La noche había entrado en la habitación cubriéndolo todo de oscuridad. Lejanos le llegaron los sonidos de los coches, y percibió el golpeteo de una ventana abierta.

Sus ojos no tardaron en habituarse a aquel ambiente donde se enseñoreaba la muerte.

—He de atender a Elmer —pensó—. Es lo único que puedo hacer por él.

Necesitó subirse a una silla para descolgar a su hermano. Mientras lo hacía advirtió que la cuerda había sido colocada perfectamente para no dañar al «ahorcado».

—¡La manía de las bromas! —habló como si alguien pudiese oírle—. ¡El mundo sueña con reír a toda costa, sin que importen los medios ni sus consecuencias! ¡Con qué placer aniquilaría a todos los malditos bromistas!

Dejó el cadáver en la cama actuando con la mayor delicadeza.

—Cuando escuché las carcajadas empezaba a pensar que habías sido víctima del humor macabro de Archibald... ¡Por eso no me asombré! —estrujó la colcha contra sus manos en una reacción incontenible—. ¡Y el asesino no se daba cuenta de que tú estabas enfermo!

El sonido persistente que producía la ventana abierta le obligó a moverse en dirección al cuarto de baño, adonde entró sin encender ninguna luz.

Hacía mucho viento cuando Kurt corrigió la anormalidad.

—Esta casa ofrecerá el aspecto más conveniente en el momento que llegue el doctor —pensó, recobrando la serenidad de que siempre había hecho gala—. ¡No seré culpado de un asesinato!

Acto seguido fue pulsando los interruptores que encontró a su paso, porque la claridad artificial le permitía comprobar lo que debía ser arreglado.

Entendió que actuando con una gran celeridad dispondría de alguna posibilidad de ocultar lo sucedido en aquella casa. Por eso corrió a la habitación.

Pero la visión de las seis botellas de cerveza vacías le detuvieron.

—¡Maldito! ¡Qué bien aprovechaste la euforia de mi hermano!

Kurt Chade se hallaba junto a la silla de alto respaldo, clavados los ojos en los dañinos recipientes, en el momento que alzó las manos y las cerró como si aún estuviera rodeando el cuello del culpable.

—Elmer era feliz porque yo acababa de enseñarle a aceptar su enfermedad... ¡Y bajo esta conformidad tomó la bebida... cuyo optimismo artificial le empujó a participar en la broma macabra! ¡Dominado por el alcohol olvidó su dolencia... que su corazón no resistiría una risa excesiva! ¿Cómo podía adivinar el peligro si estaba entregado a una obsesión suicida? ¡Quería asustarme con la más brutal representación y, después, reír! Consiguió lo primero y... Esto que ha sucedido aquí, ¿constituye un motivo de risa? ¡No! ¡Malditos bromistas! ¡Os mataría a todos!

Una náusea irresistible frenó sus palabras y le hizo dirigirse al fregadero donde vomitó hasta que su cuerpo se vació casi por completo.

Pero le quedó dentro, muy dentro, el odio, la desesperación y un creciente deseo de venganza.

Kurt abrió el grifo y se empapó la cabeza durante largos minutos, necesitando que el agua le devolviera la suficiente lucidez, en un acto que tuvo mucho de autocastigo.

Así recuperó el impulso de eliminar todo aquello que pudiera incriminarle.

Se secó con una toalla del cuarto de baño; fregó el reguero de agua que había formado en la cocina y en el pasillo; echó en una bolsa de papel las seis botellas vacías, las colillas y unos «kleenex» que encontró en la basura, para que en la casa no quedara ninguna prueba de la larga presencia de Archibald Cromwell; y fue por el cadáver del «bromista».

Mientras Kurt apagaba las luces de la casa, entregando las habitaciones a la oscuridad, pensó en un hecho natural:

—Alguien ha podido verle entrar aquí... Por lo tanto yo he de actuar como si él se hubiera despedido de nosotros... ¡Hablar en voz alta no supone un peligro cuando nadie escucha! ¡Sí, el plan resultará perfecto! ¡Pero mi representación será algo muy distinto a una maldita broma!

Del armario de su dormitorio sacó un maletín negro, que sujetó al cinturón de sus pantalones porque necesitaba tener las manos libres, y se

dirigió a afrontar la parte más peligrosa de su plan.

Cerró la puerta principal sin dejar de sostener el cadáver, que apoyó en la pared para que no se cayera al suelo. Luego descendió por la escalera, iluminada exageradamente, simulando que le acompañaba un hombre que andaba con dificultad.

En el amplio y elegante vestíbulo, tan cerca de la calle, encontró a los Johnson.

—Deje el portal abierto, Thomas. Gracias... —habló Kurt con la mayor naturalidad.

Había escuchado la voz de la mujer, cuyo tono chillón era peculiar, y pudo colocar el cadáver en la zona de sombras de una gruesa columna de mármol.

—¿Qué le sucede a su amigo?

—Eso no se pregunta, querido, porque es algo que podemos apreciar a simple vista. Seguro que ha «emпинado el codo» con exceso... ¡Ji, ji, ji!

Kurt Chade sintió deseos de alcanzar el cuello enjorjado y apretarlo hasta convertir aquella risa maldita en un estertor agónico. Pero se contuvo y fue capaz de decir:

—Es usted muy observadora, Annabella... Archibald se encuentra mal. ¿Les importa que me vaya?

—¡Oh, no, claro que no! Somos un par de entrometidos. ¡Ji, ji, ji! Procure llevar a su amigo derecho a casa. ¡Buenas noches, vecino!

—¡Hasta luego, Kurt!

—Adiós, Thomas... Encantado de saludarla, Annabella —hasta se sintió con fuerzas para formar una sonrisa de circunstancias. Pero nada más que eso.

Sonrisa que se transformó en una mueca de odio en el mismo instante que el matrimonio cerró la puerta del ascensor.

Fuera le esperaba la tibia noche californiana, con sus luces de neón, sus coches y su aparente indiferencia.

Dejó el cadáver en el asiento trasero del «Ford» rojo, modelo de 1938, y se distrajo con el bullicio que provocaban los espectadores que salían de un cine cercano.

Luego Kurt ya no perdió más tiempo. Subió al coche, soltó el maletín negro del cinturón de sus pantalones, se aseguró de que la bolsa de papel se hallaba junto al muerto, y accionó la llave de contacto.

Cerca de una hora le llevó encontrarse en Redondo Beach, pequeño pueblo costero a unos cinco kilómetros de los límites de Los Ángeles, frente a «The Black Delfín».

Pisó los frenos y se detuvo el motor, permaneciendo quieto bajo el peso del riesgo que iba a afrontar.

—¡He de llevarlo a cabo! ¡La policía arruinaría mi carrera si llegase a descubrir la verdad...! ¿De qué le serviría yo a Elmer si me encarcelan?

Como respuesta abrió el maletín negro y, bajo la luz de una linterna,

comenzó a maquillarse para que los pescadores le confundieran con Archibald Cromwell.

Realizó el trabajo en algo más de veinte minutos y empleó otros cinco en cambiar sus ropas por las del cadáver.

Cuando Kurt abandonó el «Ford» rojo volvió a sentir el deseo de vomitar, pensando en lo que iba a hacer, pero su estómago se hallaba vacío.

La debilidad momentánea no le impidió seguir caminando en dirección a «The Black Delfin», donde entró dispuesto a interpretar el mejor papel de su vida.

—¡Se os saluda, lobos de mar! ¡Hay cien dólares para el que me cuente una historia interesante! —conocía perfectamente el comportamiento de Archibald Cromwell y sabía imitar su voz—. ¡Adelante, muchachos! ¿Es que vais a dejar sin ayudar a vuestro amigo Ar?

Todos los pescadores y el dueño del bar miraron al recién llegado. La noche ya iba siendo muy larga para ellos y se les notaba impacientes, deseando subir a los barcos.

—¡Aquí tenéis el premio! —con un cuchillo, que cogió de una bandeja con los restos de una cena, clavó el billete en el mostrador—. ¿No lo queréis, muchachos? ¡Chad, un doble de *whisky* y una cerveza! ¡Mezcla las dos bebidas como siempre! ¡Vaya, si empezáis a moveros! ¡Tened presente que deseo escuchar algo grande! ¿Quién será el primero en «desembuchar» su historia?

Los pescadores formaron un semicírculo ante el bromista, al que consideraban un chiflado que acostumbraba a derrochar el dinero.

Ninguno dio muestras de sospechar el engaño.

—Tú serás el primero, grandullón. ¿Qué me cuentas por cien dólares?

—Pues... El dinero me hace falta; pero no se me ocurre nada... —vaciló el pescador de dos metros de estatura y unos ciento veinte kilos de peso—. Como no sea...

—¡Venga, Paddy! ¡Cuéntale al del cine lo de tu Rosetta y el italiano de Pasadena! —exclamó un tipo pequeñajo con cara de mono y una pinta inconfundible de bromista redomado—. ¡Eso sí que es algo digno de salir en una pantalla! ¡Vamos cuenta la historia!

—¡Ja, ja, ja! —los demás corearon la gracia.

El pescador gigantesco estaba pálido, quieto, con los ojos enrojecidos y los puños apretados.

—Es el tipo que necesito para cargarle la muerte de Archibald Cromwell —pensó Kurt clavando con el cuchillos los billetes en el mostrador—. ¡Voy a provocarle hasta que la furia le obligue a estallar!

—¿Haces asco a mí dinero, grandullón? Pues fíjate lo que me interesa tu historia... ¡Estoy dispuesto a pagar por ella mil dólares! ¿Qué dices?

Los demás lanzaron un silbido de admiración.

—Pide demasiado, señor —volvió a intervenir el tipo pequeñajo con cara de mono—. Paddy quería a Rosetta y la morenaza se largó con un tipo

más pequeño, más guapo y que no hedía a pescado...

—¡Cierra la boca, Jerry! —vociferó el gigantón cogiendo al bromista por los hombros y levantándole en vilo—. ¡No consiento que te burles de aquello!

Y con un leve movimiento de brazos envió al pequeñajo a más de diez metros de distancia, donde lo estrelló contra un voluminoso tocadiscos automático.

—Eres muy fuerte, grandullón. ¿Qué dirías si te ofreciera dos mil dólares por la historia? ¡Anímate! ¡Perderás un montón de billetes por unos prejuicios estúpidos!

—¡Cállese, ricacho!

—¿Por qué? El dinero lo cura todo. ¿No estáis de acuerdo, muchachos? Nadie contestó.

«The Black Delfin» se hallaba sumido en el silencio que suele anteceder a un arreglo de cuentas, porque aquellos tipos tenían un código en el que imperaba la violencia.

—Mira la cantidad de billetes que hay en mi cartera, grandullón. ¿Qué mujer vale más que esto? ¡Cógelos, son tuyos! ¡A Rosetta y al italiano de Pasadena no les haces ningún favor con la negativa!

—¡Ricacho, le he dicho que se calle!

El grito anunció a Kurt que había llegado el momento de defenderse de la forma más conveniente. Así logró esquivar el puñetazo, que le habría arrancado la cabeza, y saltó por el cuchillo.

Lo desclavó con una mano, y empleó la otra para coger los billetes, sin dejar de mirar a su víctima.

—Desprecias mi dinero y ahora pretendes partirme los huesos. ¿Estás bien de la sesera, grandullón? Si Rosetta se largó con otro, ¿por qué quieres dedicar tanto a su memoria cuando ella te dejó sin nada?

Las palabras hicieron mella en el ánimo del pescador.

—¡Yo le mato! —bramó, rojo de cólera, y avanzando sin dar importancia al cuchillo.

Kurt Chade formó una barrera con el arma blanca y a la vez arrojó el contenido de la jarra, *whisky* y cerveza, a la cara de su enemigo.

Acto seguido corrió a la puerta, tirando unas sillas al suelo para que el gigantón encontrase las necesarias dificultades, y logró salir a la calle, introduciéndose en una calleja cercana, en la que se amontonaban un gran número de cubos de basura y cajas de pescado.

Allí esperó el desarrollo de los acontecimientos, sabiendo que ya todo dependía de la mayor o menor inteligencia de Paddy, el pescador de dos metros de estatura y ciento veinte kilos de peso.

Le oyó llegar a la calleja maldiciendo y golpeándose las manos de una forma nerviosa.

—¡El ricacho se ha metido entre la porquería! —exclamó con una seguridad aterradora—. ¡Es una rata acobardada que se ha «rajao» en el

último momento!

Kurt Chade tembló. Y el miedo le dejó sin saliva, sin reacción a pesar de tener un cuchillo en la diestra, y a merced del tipo al que ya no podía considerar como una víctima fácil.

—¡Cree que su dinero repugnante le da derecho a meter las narices en la vida de los demás! ¡Pero yo le demostraré a golpes que Paddy O'Hara no se vende!

El gigantón comenzó a derribar el primer montón de cajas de pescado, sin dejar de maldecir porque la basura le caía encima, y a acortar distancias.

Mientras Kurt permanecía escondido, agazapado como un niño tembloroso, sufriendo las consecuencias de aquella noche horrible.

El estrépito de maderas y basuras derribadas tuvo un acompañamiento metálico, que le permitió saber que el pescador se encontraba muy cerca.

Un frío sudor le cubrió el cuerpo.

Pensó en ofrecer todo el dinero que llevaba a cambio de su vida. Pero...

—Se ha deshecho mi maquillaje. Ya no soy Archibald Cromwell... ¡Esa bestia humana querrá sacarme a la claridad...! ¡Entonces descubrirá el engaño! —se dijo sin abandonar el escondite—. ¡Y tendrá motivos para creer que he venido a burlarme de él y de todos sus compañeros!

El pescador gigantesco llegó muy cerca, tanto que Kurt pudo verle a menos de un metro de distancia.

El temblor y el pánico llegaron a un extremo que paralizaron su mente, dejando el cuerpo totalmente indefenso, y el cuchillo se escapó de sus manos flácidas.

—¡Paddy, el ricacho está en el muelle junto al depósito de las redes! —gritó alguien—. ¡Deprisa! ¡Con el dinero que lleva encima conseguirá que cualquiera le proporcione un bote!

Capítulo 2



El pescador se quedó quieto en el instante que iba a uno de los cubos de basura que protegían a Kurt Chade, y pareció dudar, pero al final se decidió a salir de la calleja.

Así pudo Kurt levantarse, coger el cuchillo y caminar cada vez más deprisa, pasando de la lentitud que originaba el aturdimiento a la velocidad demencial que surgía del miedo, hasta llegar al «Ford» rojo.

Entonces le llegó un carraspeo burlón y una mano nerviosa, atrevida, se apoyó en su hombro, obligándole a darle la vuelta.

Vio ante él al tipo pequeñajo con cara de mono y aire inconfundible de redomado bromista.

—Vengo por mí dinero, amigo. Yo saqué a Paddy de la calleja, donde usted se hallaba escondido... ¿Eh?

La exclamación de sorpresa surgió en el momento que descubrió el rostro de Kurt, embadurnado de maquillaje y con un aspecto monstruoso.

—¡Usted no es el hombre del cine...! Entonces... ¿A quién he salvado?

La pregunta fue hecha en un tono de voz alto, demasiado, cuando Kurt Chade deseaba el silencio más absoluto.

Por eso sacó el cuchillo del bolsillo de su chaqueta y lo utilizó de una forma despiadada. Pagando la ayuda, su propia vida, con la muerte.

Tres veces el acero buscó la carne, provocando un gesto de estupor, una queja, un gemido prolongado y el derrumbamiento total de un cuerpo que fue víctima de algo que nadie se atrevería a tachar de una broma.

Luego el asesino llevó el cadáver a una zona de sombras, donde limpió con un pañuelo el mango del cuchillo homicida para borrar sus huellas dactilares, sintiendo un deseo imperioso de huir de allí.

Entró en el coche para cambiarse de ropa, vestir a Archibald Cromwell y, acto seguido, conducirlo arrastrando a la calleja donde estaba la basura.

Dejó la llave del coche y la cartera, que todos los pescadores vieron llena de billetes, en los bolsillos del muerto.

—Llevándome el dinero añadido un motivo en contra del maldito Paddy O'Hara —siguió su monólogo interior—. ¡Hay que largarse de aquí, el grandullón puede haber descubierto la mentira del «bromista»!

Volvió al «Ford» rojo, cogió la bolsa de papel, con los restos sacados de su casa, y el maletín negro.

Lo primero fue arrojado al mar, en un acantilado a dos kilómetros de «The Black Delfin», y lo segundo sirvió para limpiarse los restos de

maquillaje y, después, cambiar su rostro de forma que ninguna de las personas que iban a verle fueran capaces de reconocerle.

Tomó un autobús de línea regular y un taxi, al llegar a Los Ángeles, que abandonó a bastante distancia de su casa.

Amaneció cuando entró en la habitación donde Elmer Chade parecía dormir.

—Hermanito, he solucionado el problema por completo.

Habló en voz alta, dominado por una locura que cada vez era más intensa.

—La policía encontrará el cadáver de Archibald Cromwell y el de un miserable. No tardarán en dar caza al «culpable». ¡Se llama Paddy O'Hara... es un grandullón con muy malas pulgas! ¡Nadie me ha hecho sentir tanto miedo como él!

Se retiró de la cama acusando un escalofrío. El recuerdo estaba demasiado reciente y hería.

—¡Esa bestia humana será acusada por todos sus compañeros! ¡Sí, es cierto que existen muchos hechos contradictorios! ¡Lo más importante es que nadie pensará en mí, porque yo diré que vi a Archibald Cromwell marcharse en su coche! No me perjudicará reconocer que le ayudé a bajar la escalera porque estaba muy borracho... ¿No lo declararán así los Johnson? Bueno, Elmer... ¡Llegó la hora de comunicar al mundo tu inesperado fallecimiento!

Kurt Chade se dirigió al cuarto de baño, donde se lavó concienzudamente y cuidó de que cualquier resto de maquillaje fuera arrastrado por el agua. Luego guardó el estuche negro en el armario de su dormitorio y cambió su ropa por un pijama y una bata casera.

Entonces se sintió dispuesto a enfrentarse al teléfono.

—¿Doctor Casey? ¡Venga pronto, se lo suplico! —su tono de voz sonó patético como requería el momento—. ¡Está muy quieto... y no responde a mis voces! ¡Dios mío! ¡Creo que lo peor...! ¡Si nos acostamos y él se encontraba muy bien... pero cuando he ido a verle! ¡Deprisa, doctor... le necesito!

* * *

Gerold Gold acababa de obtener dos premios «Emmy», al mejor actor de televisión del año y al programa de más calidad, y estaba considerado como el primero de los cómicos del país. Era en aquellos momentos un personaje.

Aquella noche de primavera, en Miami Beach, se iba a celebrar una fiesta en honor del artista. Habían sido invitados todos los principales personajes del mundo del espectáculo. Y nadie faltó a la cita.

Un ambiente fastuoso rodeaba a los hombres de etiqueta, y a las mujeres, que lucían unos vestidos audaces donde lo predominante era

exhibir más o menos tela.

El escenario lo constituía la planta baja del «Miami Eagle», por dónde los invitados se movían sin perder de vista la gran escalera, con pasamanos dorados, que conducía a los pisos superiores, porque iba a formar parte del espectáculo montado por el homenajeado.

Y, de pronto, la sintonía de «El *show* de Gerold Gold», que surgió de unos amplificadores colocados hábilmente, anunció que había llegado el momento de la sorpresa.

Todos se situaron cerca de la escalera.

Entonces se apagaron las luces y fueron encendidos tres focos, cuyos círculos de claridad se centraron en el peldaño inferior y, después, comenzaron a ascender con una lentitud estudiada para que el «suspense» alcanzara su momento álgido. Por último, al llegar a la zona alta, dieron un brusco movimiento a la izquierda y descubrieron al cómico.

—¡Oh, qué vergüenza! ¡Me han pillado! ¡Y ya no puedo descender de aquí! ¡Jerome, que viene la caballería!

Vociferó Gerold Gold en su papel de colegial cogido en falta cuando se disponía a bajar, y ya no pudo impedirlo, por el pasamanos derecho de la escalera.

Los tres focos siguieron el descenso del «niño» asustado.

—¡Uuuuy! ¡Ay! ¡Que me quemo él... ejem... pompi! ¡Auga... una regadera... un extintor! ¿Qué hacen ahí abajo? ¡Llamen a los bomberos! ¡Socorro! ¡Vaya velocidad que estoy cogiendo y vengo de muy arriba! Pero... ¿Por qué se quedan quietos? ¡Mami, te quiero mucho... aunque solo te vea tres meses al año! ¡Papi, tú siempre estás en otro sitio cuando más te necesito! ¡Por favor, entiérrenme en Disneylandia! ¡Y no me pongan flores que soy alergicooo!

—¡Ja, ja, ja, ja!

Las carcajadas se iniciaron en el mismo instante que el cómico apareció sobre el pasamanos, y crecieron de volumen al producirse el descenso aparatoso.

Entonces se apagaron los focos y volvieron a encenderse las luces de toda la planta baja del «Miami Eagle».

Gerold Gold llevaba unos pantalones de cuero cortos y con tirantes, una gorrita de cuadros azules y rojos que únicamente le cubría la coronilla, unos calcetines amarillos, una camisa de dibujos infantiles, y unos zapatos tan abiertos y rotos por las punteras que parecían dos peces bostezando.

Los aplausos le acompañaron hasta que llegó al escenario, que había sido instalado en el comedor, y se silenciaron al iniciarse la segunda parte del número cómico.

—Sé que me han liado. Yo quería escaparme por el pasamanos... ¡Bueno! ¿A qué viene la pesada tía Agatha aquí?

El «mocosito» se mostró muy enfadado al ver la llegada de una mujer, que le dejó cerca de los pies un cubo lleno de agua.

—¿Para qué lo necesitaré yo? Si me he lavado hace quince días... ¿Querrá hacerme beber como los caballos? —preguntó rascándose la coronilla, tirando la gorrita y agachándose para recogerla—. ¡Ah, ya lo sé! ¡Pero qué listo soy! Bueno... ¿Y si me equivoco ante todos ustedes? ¡Qué vergüenza pasaría! ¿Me dejan probarlo...? ¿Serán malos conmigo si meto la pata?

El cómico acompañó cada palabra, cada pausa, con el gesto adecuado.

Con una gran timidez se acercó al cubo y dudó, varias veces, en cogerlo hasta que, inesperadamente, metió el trasero en el agua... ¡Y del cubo salió una gran cantidad de vapor!

—¡Cómo me entiende tía Agatha! ¡Ella ha sabido que después de descender por el pasamanos de la escalera este era el único asiento que me convenía! ¡Qué alivio! ¡Cómo me baja la temperatura del... ejem... pompi!

—¡Ja, ja, ja, ja!

Volvieron a estallar los aplausos más entusiásticos.

Gerold Gold abandonó el cubo sin haberse mojado los pantalones.

Las risas y los aplausos dieron muestra del entusiasmo general. Cuando se hizo el silencio todos vieron cómo la mujer llegaba, muy nerviosa, al lado del colegial.

—¡Piiiss! ¡Ger, has olvidado algo importante! —susurró colocándose las manos en la boca, aparentando que no quería ser oída por los espectadores—. ¡Vuelve a tu dormitorio!

—¿Olvidar yo algo, tía Agatha? Pero si soy el chico más torpe del colegio... ¡Esta mujer ya me ha metido la preocupación en el cuerpo! ¿Qué será? No hay más remedio que realizar un estudio exhaustivo de la situación...

Llevó la diestra al bolsillo izquierdo de sus pantalones, del que sacó un tirador, unos botones, una armónica y... ¡La fotografía de una señora estupenda!

—¡Sabotaje! ¡Esto es otro «Watergate»! —exclamó con el rostro enrojecido de rubor—. ¡Alguien pretende arruinar mi reputación para que yo no sea elegido presidente del comité de los «mascadores de chicle»!

Continuó sacando objetos del bolsillo derecho: Cuatro paquetes de goma de mascar, un montón de bolas de colores y... ¡la mano vacía!

—¿Es que creen ustedes que mi bolsillo es el saco de Papá Noel? ¡Vaya! Yo sigo con la misma preocupación. ¿Qué cosa importante he olvidado? ¿Por qué tía Agatha me ordenó volver al dormitorio? Seguimos escudriñando la situación...

Metió la mano izquierda en el bolsillo derecho de sus pantalones, sin cesar de dar saltitos nerviosos, y sacó una pluma de gallina y una rana...

—¡Mistinguette! ¡No me abandones!

Gritó desesperado viendo al batracio brincar por el escenario, indiferente a todo lo que no fuera distanciarse del «colegial». Y este terminó lanzándose como un jugador de rugby que pretende controlar el

balón más rebelde.

—¡Te atrapé, Mistinguette! —ya tenía la rana en las manos—. ¿Tan mal te trato? ¿No cazo las moscas mejores para ti? ¿No te llevo al parque, atadita de una cuerda, para que cotillees con tus hermanas del estanque? ¡Ya! ¡Quieres ser libre! Pero, ¿tampoco es eso? Entonces...

En ese momento tía Agatha dejó un orinal en el escenario muy cerca del «colegial».

—¡No! ¡Llévatelo! —suplicó el saltarín que ya no era capaz de contenerse—. ¡Vaya forma de humillarme! ¡Ahora estos señores saben la verdad...! ¡Qué bochorno!

—¡Ja, ja, ja, ja!

Y Gerold Gold terminó la actuación entre un clamor de vítores y aplausos. Luego estrechó infinidad de manos y escuchó una gran variedad de felicitaciones.

Cuando pudo encontrarse en la habitación, que había sido acondicionada como un amplio y confortable camerino, sintió deseos de soledad.

Ya no era un artista famoso, un producto cotizado cuya exhibición suponía cientos de miles de dólares, si no un hombre normal que deseaba pensar a solas.

Era un hombre con una intensa vida interior.

Se sentó ante el espejo para quitarse el maquillaje. Y descubrió su rostro.

—Hola, pequeño —exclamó en un tono bajo y con una expresión seria—. Ya te encuentras arriba como querías. ¡Y en lo más alto! ¿No te da vértigo, mocoso? ¡Qué va! ¡Estás hecho de un acero templado con sangre de dioses! Pero eso únicamente te sirve en el escenario... ¿Da el mismo resultado en la vida real? ¡Contesta, valiente!

Levantó el puño derecho como si el personaje que se reflejaba en el espejo no fuese él mismo.

—Quieres aplastarme porque soy la evidencia de tu fracaso íntimo. ¡Romperías el espejo si con ello pudieras acabar con tu conciencia! ¡Atrévete, genio! Pero... ¿Qué digo? Necesitas un libreto, ensayar hasta la más insignificante reacción... La vida auténtica es demasiado espontánea para ti y nunca encuentras la réplica adecuada. ¿Cuántas mujeres has encontrado en el largo periplo de tu vida? ¿Callas?

El puño de Gerold Gold se abrió, como en una súplica desesperada, y fue al encuentro de la cara sintiendo deseos de golpear, de hacerse daño.

—¿Qué lograrías con esa absurda decisión, pequeño? Doris fue la cuarta y última esposa... ¡Qué bien supo aprovechar tu gira por Europa y África! Estuvo tan ocupada que solo dispuso de tiempo para enviarte un telegrama cuando llegaste a Copenhague y ponerte una conferencia telefónica tu último día de estancia en Addis-Abeba... ¡Pero al regresar, después de cinco meses fuera de casa, Doris no se hallaba en el hogar

cuando tú empujaste la puerta como una furia devastadora! Y la descarada, encima, te sometió a una espera larga. Durante seis horas permaneciste tú, el cómico más cotizado del país, pendiente de todos los relojes. Eran las cinco de la madrugada cuando ella abrió la puerta. ¡Diste un salto, apretaste los puños y te convertiste en un muchacho terrible, convencido de que la represalia bien merecía los malos tragos pasados! ¡Ja, ja, ja!

La risa fue muy breve en los labios de la imagen que le devolvía el espejo. Pero continuó mostrando un gesto burlón y la voz fue más irónica.

—¡Vaya sorpresa que te reservaba la moza espléndida de veintitrés abriles! Que consten tus cincuenta y siete otoños... La encontraste en el pequeño bar del cuarto de estar, combinando un doble de *whisky* con una tónica, y empezaste a abrir la boca con toda la protesta estudiada, ensayando, cuyos efectos debían ser fulminantes. Entonces ella te dijo esto: «Ger, quiero el divorcio. Tú eres un viejo, mi abuelo, y me aterra la idea de vivir a tu lado». ¡Te derrumbaste como una marioneta! ¡Porque todo lo que habías preparado no prevenía esa reacción espontánea! ¡Y Doris se salió con la suya!

El cómico formó una sonrisa triunfal, se puso de pie y señaló al espejo adelantando el cuerpo como si deseara pegar el rostro al cristal.

—¡Te pillé, amigo! Ella se separó de mí y apareció, a los dos meses escasos, en el camerino del «Oasis», de Las Vegas, suplicándome que volviera a aceptarla... ¿Recuerdas cómo le pagué? ¡Pues le di el cheque de su pensión anual y la convencí de que su belleza le permitiría encontrar al hombre que más le convenía! Me porté como un chico estupendo, sin rencor, demostrando que el mal trago ya estaba superado... En el fondo soy un cómico necesitado de las notas tristes que tú me proporcionas, conciencia. ¡Ja, ja, ja!

Tomó asiento y empezó a quitarse el maquillaje. Pero...

—¡No es cierto! ¡Seguro que la imagen la provoca mi mente! Es la primera vez que me ocurre... ¡Conforme! ¡Cerraré los ojos y seguro que desaparece!

Así lo hizo durante unos segundos, en los que no dejó de sonreír.

Retiró las manos y miró al espejo... ¡La figura seguía allí!

Gerold Gold se dio la vuelta y ante él encontró, con todo su impresionante aspecto a... ¡El monstruo de Frankenstein!

Capítulo 3

A

DMITO que la caracterización es perfecta. Yo diría que es la misma que el genial Jack Pierce elaboraba para Boris Karloff —comentó Gerold Gold con la seguridad del hombre que está por encima de ciertos recursos truculentos—. Si es una broma, me parece muy poco oportuna, y si trata de impresionarme para que le ayude en su carrera artística... ¡amigo, ha venido a un lugar equivocado!

El cómico se dirigió a la puerta decidido a abrirla para echar al entremetido.

Entonces alguien golpeó en la madera, impaciente, y se escuchó una voz:

—¡Ger, llevas mucho tiempo encerrado! Los invitados están a punto de dar cuenta de la comida y de la bebida y se muestran impacientes. ¿Cuánto vas a tardar en salir?

—Nada, Charly. Voy a mostrarte a un tipo... ¡mmmm!

Las manos del monstruo taparon la boca del cómico y lo inmovilizaron en la pared. Actuando con una violencia inesperada, absurda, que no parecía fingida.

—¿Te encuentras bien, Ger? —inquirió el hombre situado al otro lado de la gruesa madera—. ¡Contesta! Pero... ¿Qué tienes? ¡Voy a ordenar que derriben la puerta!

Mientras, el famoso cómico luchaba por librarse de aquella sujeción que le asfixiaba y le aturdía, sumergiéndole en un océano demencial.

Tenía muy cerca el rostro deforme, con los tornillos en el cuello y las cicatrices, cosidas toscamente, en la parte superior de la frente y a lo largo de las sienes, formando una máscara que los ojos inyectados de sangre transformaban en algo auténtico.

Entonces empezaron a golpear la puerta y se escucharon unos gritos:

—¡Ábrenos, Ger! ¡Todos nos sentimos muy preocupados por ti! ¡Vamos a saltar la cerradura!

Varios cuerpos comenzaron a presionar sobre la puerta, en un esfuerzo conjuntado que no tardaría en lograr su objetivo.

Pero el personaje impresionante tuvo un momento de indecisión, aflojó el dogal que formaban sus manos, y Gerold Gold creyó que había concluido la representación del fracasado. Por eso se separó de la pared y gritó con alguna dificultad:

—Calma, amigos... Lo que sucede es muy distinto a todo lo que podáis

imaginar... ¡Me acompaña el monstruo de Frankenstein!

—¡Ja, ja, ja, ja!

Fue la respuesta de quienes habían temido lo peor y creían encontrarse, en aquel momento, con una exhibición del genial humorista.

—¿De qué os reís? Estoy diciendo algo serio. Ahora le veréis con vuestros propios ojos. ¡Mmmm!

Las manazas del monstruo volvieron a cubrir la boca de Gerold Gold.

Mas este, envalentonándose por la proximidad de sus amigos reaccionó de una forma muy distinta a la vez anterior, defendiéndose con los brazos y las piernas.

Golpeó repetidamente a quién consideraba un actor fracasado y no consiguió nada, ni siquiera un mínimo gesto de dolor en aquella máscara que reproducía perfectamente el rostro de la criatura nacida de la imaginación de Mary W. Shelley.

Ya nadie siguió aporreando la puerta. Solo se escuchó el murmullo de unas voces en las que se adivinaba la risa y la más absoluta tranquilidad.

Gerold Gold recordó que en el bolsillo derecho de sus pantalones guardaba una diminuta navaja, que formaba parte del «tesoro» del «colegial». Consiguió alcanzarla y hasta tuvo ocasión de abrirla por completo.

Mientras las manos del monstruo eran un dogal que le impedía gritar.

—¡Se acabó la representación, estúpido! —pensó al clavar el acero en el cuerpo de su opresor—. ¡Pero no me conformaré con aplicarte este castigo!

El supuesto actor fracasado soltó un gemido extraño, mezcla de dolor y de rabia, y se separó del famoso humorista.

—Ese es el premio por tu estupidez. La próxima vez, dentro de diez o doce años de cárcel, procura montar el numerito en el despacho de un buen representante artístico. ¡Porque yo voy a contratar al mejor abogado, que conseguirá tu encarcelamiento durante el mayor tiempo posible! —las palabras fueron una explosión necesaria—. No olvides que tengo la navaja en la mano... ¡Va a serte imposible impedir que abra la puerta!

Gerold Gold se quedó quieto, dispuesto a seguir peleando, al ver cómo aquel personaje, que no había proferido ni una sola palabra, empezaba a caminar en su busca.

Movió el acero queriendo herir y su enemigo se lo arrebató de un manotazo.

Luego unos dedos largos y duros le sujetaron por los hombros, sometiéndole a una presión que le obligó a temblar y a gemir, y se vio levantado en vilo.

—¡Un loco! ¡Va a matarme! ¿Por qué?

La queja volvió a encerrarse en la mente, debido a que el miedo le había paralizado los labios.

El monstruo de Frankenstein abrazó al hombre, que acababa de herirle,

y le apretó contra su cuerpo en un ataque definitivo.

Gerold Gold abrió la boca, por la falta de aire en sus pulmones, compuso un gesto de dolor y gritó desesperadamente en un sonido decreciente, que terminó por ser una exhalación inaudible de agonía.

Aquel personaje impresionante había asesinado a su víctima descoyuntándole varias costillas y partiéndole la columna vertebral.

Luego abrió la ventana que daba a un jardín interior del hotel, cogió el cadáver y, entonces, se produjo algo que pareció asombrarle demasiado.

De los bolsillos de los pantalones del ex «colegial» cayeron todas las pequeñeces que utilizó durante el espectáculo.

El monstruo dejó al cómico en el suelo y alcanzó el tirador y la armónica. Objetos que examinó con la extrañeza de quien los descubre por primera vez.

Y, de repente, se reanudaron los golpes en la puerta.

—¡Ger, tu comportamiento raya lo absurdo! ¿Qué pretendas? —preguntó Charly muy intranquilo—. ¡Llevas ahí dentro más de media hora! ¡Los invitados serán capaces de lincharte si no les sorprendes con algo fuera de lo común! ¡Estás arriesgando mucho! ¡Por favor, sal lo antes posible! ¿Has olvidado que la fiesta se celebra en tu honor?

No hubo respuesta.

Mientras el monstruo, llevando en los brazos al «colegial», llegó a la ventana. Echó el cuerpo al jardín, y, después, saltó él los tres metros que le separaban del alto césped.

Volvió a cargar con el muerto y se dirigió a las ventanas del comedor.

—¡Mirad! —gritó alguien muy excitado—. ¡Se diría que Gerold Gold es un auténtico cadáver! ¡El monstruo de Frankenstein lleva a nuestro famoso y añorado personaje! ¡Nos reservaba esta sorpresa fabulosa!

Los espectadores se refugiaron en lo más fácil: una broma.

Empezaron a escucharse los primeros aplausos, que terminaron atronando el ambiente.

El asesino de aspecto sobrecogedor se detuvo ante un ventanal cerrado y arrojó al muerto contra los cristales. Y, acto seguido, dándose la vuelta caminó hacia la salida del hotel actuando como un autómatas.

El estrépito originado por los vidrios rotos, la caída impresionante y el aspecto escalofriante que ofrecía el cómico no sirvieron para que aquellos hombres del espectáculo, acostumbrados a los más realistas disfraces y maquillajes, descubrieran la verdad.

—¡Ja, ja, ja, ja!

De nuevo tronaron los aplausos.

En aquel momento Charly y uno de los vigilantes del hotel alcanzaron al monstruo de Frankenstein, antes de que este pudiera cruzar una de las salidas de servicio.

—Amigo, es absurdo largarse de aquí cuando va a cosechar el mayor triunfo de su vida —aconsejó Charly señalando hacia el fondo del cercano

jardín—. ¿No escucha los aplausos que se dedican a Gerold Gold? ¡Pues una parte de ellos le corresponden a usted!

El asesino continuó su camino, indiferente a todo y a cualquier palabra, como si fuera impulsado por una fuerza misteriosa a la que no podía negarse.

—¡Como quiera, amigo! Ger ha mantenido muy en secreto esta parte del programa... Espero que me diga el nombre de usted y de qué medios se han valido los dos para actuar con tanto misterio —Charly no insistió más porque estaba deseando volver al comedor.

Así fue como el monstruo de Frankenstein logró escapar de aquel lugar tan concurrido y vigilado.

Cuando en el hotel no se escuchaba ningún aplauso.

Porque todos, los invitados estaban mirándose, intranquilos, considerando que la quietud y el aspecto de Gerold Gold ya eran algo poco común.

Dos hombres fueron los primeros en llegar donde se hallaba el caído. Y uno de ellos se agachó, realizó unas breves comprobaciones y diagnosticó con voz ronca llena de incredulidad:

—¡Gerold Gold está muerto!

Capítulo 4

D

ICEN que en Miami únicamente se oculta el sol durante seis días al año. Pues aquella mañana resultó una de las infortunadas.

Para Víctor West el tiempo era una insignificancia, el medio de que se valía la gente para iniciar una conversación intrascendente. Se hallaba entregado a la redacción de la última parte de un artículo sobre «Milton Caniff o la supeditación del “cómic” a los intereses de la U.S.A.F.».

Su habitación la componían una cama mueble, donde toda la ropa era cheroquesa y estaba hecha a mano, varias estanterías llenas de libros, «cómic» y pequeñas esculturas de algunas tribus indígenas de los Estados Unidos, un tipi que le servía de armario ropero, una mesa pequeña, en la que escribía, realizada con piel y huesos de reno, infinidad de cojines que ofrecían la misma utilidad que las sillas y muchos «Posters» pegados en las paredes.

Víctor tenía un pelo largo y rubio, sin exageración, usaba lentes para leer, medía un metro noventa, pesaba ochenta kilos, vestía de la forma más práctica y contaba veintiséis años.

—¡Buenos días, intelectual! —saludó Bruce West cruzando por la habitación para dirigirse al baño—. ¿Te has acostado?

—No, papi. El artículo se ha complicado porque he debido consultar mis archivos con mucha frecuencia.

Eran hermanos y no lo parecían por su aspecto físico y por sus costumbres.

Bruce tenía treinta y siete años, un metro noventa y ocho de estatura, era puro músculo, moreno y con el pelo corto, acostumbraba a llevar corbata y traje y estaba empleado en la sección de sucesos del «Miami World».

Se dio una buena ducha, silbando «Cantando bajo la lluvia», y quedó listo para el trabajo que en aquellos días estaba resultando algo excesivo. Luego se dirigió a la cocina, donde preparó café, huevos duros y unos filetes a la plancha.

—El desayuno, intelectual —anunció mientras preparaba la mesa.

—Gracias, papi. Ya he terminado... ¡Aaah! —Víctor se estiró con entera libertad y bostezó ruidosamente—. Tomaré un sorbo de leche y una tostada con mermelada.

Víctor tomó asiento ante la mesa y comenzó su ritual de extender la espesa mermelada sobre la dura tostada.

—La comida es un tributo divino que los hombres jamás debemos tratar con la indiferencia de las prisas, ni con la avidez del glotón. Esta lentitud me provocará una conveniente segregación de saliva, que después facilitará la digestión.

—¡Ja, ja, ja! Nunca pierdes el humor, intelectual.

—¿Qué sería del mundo sin humor? ¿Podríamos cargar con el peso apocalíptico de saber que vivimos para morir inexorablemente?

—¡Basta! Me rindo. Será mejor que cambiemos de tema —pidió Bruce mientras con la cucharita rompía la cáscara del huevo duro—. Bastantes problemas tengo yo en la redacción de mi periódico.

—Gracias por devolverme la curiosidad sobre el caso Gerold Gold, papi. ¿Qué hay de nuevo?

—Hace quince días que ocurrió. La policía ha interrogado a centenares de actores y aficionados que han interpretado papeles de monstruos; hasta se ha dado el caso de detener a un hombre porque se disfrazó de monstruo de Frankenstein en una fiesta escolar... Nadie se explicó cómo un gigante de más de dos metros de estatura, con un aspecto inconfundible, pudo desvanecerse —Bruce empezó a echar azúcar en el café. No había probado el huevo duro—. La presencia del asesino del hotel resulta lógica porque, al mantenerse en secreto la actuación de Gerold Gold, todos creyeron que formaba parte del espectáculo.

—¿Cómo pudo superar el asesino los tres metros que separaban la ventana del césped del jardín?

—Su altura le debió permitir alcanzar el alféizar y después subirse a pulso.

—¿Con su pesado disfraz, papi?

—Sí. También se ha pensado en que fue ayudado por alguien que se hallaba dentro del hotel. Pero esta hipótesis es muy débil, porque a ninguno de los invitados, ni a los empleados del «Miami Eagle», se les habría ocurrido matar a Gerold Gold de una forma tan complicada y peligrosa, para el asesino, existiendo medios infinitamente más sencillos.

—¿La venganza de un demente?

—Es posible, Víctor... ¡Otra mañana que tu curiosidad arruina nuestro desayuno!

—Lo siento. Como es el único momento que coincidimos. Podíamos recalentarlo.

—Ya no dispongo de tiempo. Pero hay algo aprovechable —se tomó el café frío y se comió la tostada que Víctor había untado de mermelada—. Está deliciosa.

—Me apasiona ser útil a mi hermano mayor.

—Ahora mismo te meterás en la cama, sin ningún tipo de cultura yoga, y procurarás dormir hasta la tarde —terminó de ponerse la chaqueta y se arregló la corbata—. ¿Qué tema desarrollarás en el reportaje?

—El coleccionismo de lo sobrenatural. Mi hombre a entrevistar es Kurt

Chade.

La chica era pura dinamita, de las que se suben a la cabeza con más fuerzas que ocho dobles de *whisky*, y sabía sentarse sin resultar una atrevida. Componía el mejor monumento que jamás había adornado la antesala del despacho del director.

Bruce West la miró descaradamente. Deleitando sus ojos con una cabellera morena, unos ojos almendrados, un escote generoso, unos brazos morenos y unas piernas que de ponérselas a un cohete Apolo no necesitaría ningún tipo de combustible para llegar a la Luna.

—¿Cómo se llama ese ángel, Ruth? —preguntó a la secretaria personal del director.

—¡Qué original en tus gustos, reportero! —fue la réplica irónica—. Si miras en mi libreta de notas, colocada en un lugar desacostumbrado con el propósito de satisfacer la curiosidad masculina, leerás el nombre... ¡Eres el ochenta y tres pelmazo que me pregunta lo mismo! ¿Qué tiene esa chica sobre las demás?

—Cielito, sería difícil de explicar. Tú ya eres una vieja amiga y no nos impresionas. ¿Qué hace en el «Miami World» un ángel?

—También lo he escrito, «Romeo».

—Ilka Catton —leyó el nombre con apasionamiento. Pero su tono de voz cambió bruscamente—. ¡Si es un fotógrafo profesional y una periodista!

—Una competencia peligrosa porque el jefe es hombre —siguió la secretaria con sus comentarios irónicos—. ¿Acaso ya no te resulta maravillosa?

—Pues... La veo un poco fuera de este ambiente, Ruth.

—¿Y si te dijera que ella solita ha llevado un periódico, durante dos años, en Álamo Gordo, Texas?

—Seguro que la ayudaron todos los hombres del pueblo. Con esa estampa es imposible que le falte colaboración si ella se lo propone.

El sonido del interfono cortó la conversación y devolvió el sentido profesional.

—¿Qué desea, señor Stone? —preguntó la secretaria después de accionar la tecla de comunicación.

—Diga a Bruce West que entre en mi despacho... Por favor, haga pasar también a la señorita Catton.

—El jefe es muy correcto al referirse a las damas...

—¡Te he oído, pívot! ¡A ella me refiero de esa forma porque no he tenido que sufrirla como a ti durante seis años! —estalló el director—. ¡Ven aquí de una vez y olvida las salidas tan poco ocurrentes!

Bruce West corrió a la puerta del despacho que abrió para esperar, galante, la entrada de la preciosidad.

Pero esta resultó que tenía un buen «pico».

—Después de escuchar sus comentarios no le creí de los hombres que

hacen estas concesiones a un competidor —dijo cruzando la puerta.

El ataque directo dejó al hombre indefenso, sorprendido.

—Calma, pivot. Te aconsejo que enmudezcas durante el tiempo que permanezcas en mi despacho. Procura afinar el oído —ordenó el director—. La señorita Catton acaba de ser contratada por el «Miami World» como fotógrafo de sucesos. Y su primer trabajo lo hará a tu lado.

—¿Qué? —exclamó Bruce.

La explosión de una bomba atómica no le habría causado tanto asombro.

—Te he ordenado que callaras. ¡Y no consentiré que lo hagas otra vez! Los dos iréis al 193 de la calle 37. Allí hay un tipo, Lorney Ross, que tiene información secreta sobre el caso Gerold Gold.

—Conozco a ese soplón. ¿Desde cuándo hace tratos con él, jefe?

—¡Enmudece, pivot! ¿Qué te he dicho hace unos segundos? —amenazó nuevamente el director.

—El colega se deja llevar por los nervios más que por la cabeza —comentó la bella.

El aludido no replicó porque empezaba a divertirle el papel que había adoptado la mujer.

—Seguiré con la explicación... Lorney Ross quiere cinco de los grandes por la información. Le entregará el dinero si crees que merece la pena —el director sacó un sobre abultado de uno de los cajones de su mesa escritorio—. El soplón exige billetes pequeños y usados, temiendo que podamos denunciarle... ¡Os aseguro que me asquea el trato, pero cualquier pista sobre el asesinato de Gerold Gold bien merece este sacrificio!

Capítulo 5

U

ICTOR West detuvo el «Chevrolet» verde manzana en los jardines de «la mansión de las sombras» y sintió un escalofrío. Aquel ambiente era una réplica exacta del decorado utilizado en la primera versión de la película «King Kong».

Le habían hablado mucho del lugar y del singular personaje que lo habitaba.

—Buenas tardes. ¿El periodista que estoy esperando? —preguntó Kurt Chade.

—Sí... Me ha sorprendido usted. ¿Siempre se presenta de esta forma?

—Mi silla de ruedas es silenciosa porque me gusta escuchar los ruidos de la Naturaleza, y también, tengo el defecto de comprobar si mis servidores cumplen con su trabajo cuando yo no estoy presente. ¿Le parece suficiente la explicación, señor...?

—Víctor West. Aquí tiene mi documentación y la carta del editor —el joven actuó de una forma extraña—. Usted debe ser un celoso guardián de su intimidad.

—Pues sí. Bien. Lo papeles están en regla. Ahora no me cabe la menor duda de que es usted el periodista. Vayamos al interior de la casa.

Víctor cerró las portezuelas del coche, demostrando una singular desconfianza, y después pretendió ayudar a Kurt Chade.

—No, señor West. Prefiero hacerlo yo mismo, porque así me siento más útil. ¿Qué le parece «la mansión de las sombras»?

—Impresionante. Es auténtica y no el decorado de una película. ¡Da escalofríos!

—Mire a su derecha, por favor.

El joven articulista obedeció y, en el acto sintió que su saliva era algo denso difícil de tragar.

Ante él descubrió la gigantesca y mítica figura de King Kong en su mayor expresión de fiereza.

—La mandé construir antes de que a Walt Disney se le ocurriera edificar su Disneylandia —señaló Kurt con cierto aire triunfalista.

—Aquella es la mansión de la alegría y esta...

—La del horror. ¿Qué le impide reconocerlo? ¿Acaso piensa que va a enfurecerme? Me agrada que haga ese comentario cuando ha visto una mínima parte de las maravillas que colecciono.

Los dos llegaron ante una gran escalera de mármol, que conducía a la

puerta principal del edificio.

—El portón que ve es una réplica exacta del que se empleó en el castillo del conde Drácula. En esto no he sido el primero, pues Bela Lugosi se me anticipó en la idea —Kurt se volvió hacia el periodista—. Ahora sí ha de ayudarme, pues la dificultad es superior a las fuerzas de un paralítico.

En un lateral de la escalera había una rampa por la que resultaba bastante sencillo subir a la silla de ruedas.

—Un joven fuerte y muy inteligente. Colecciono todos los artículos que usted ha publicado sobre el terror. Y he aceptado la entrevista porque me agrada el respeto por el tema que se adivina en sus escritos.

Dos servidores de gran estatura, vestidos a la usanza de las películas de terror, abrieron el portón. Víctor los observó detenidamente.

—Leo en su cerebro, señor West. Se pregunta cómo estos hombres viven en un museo sobrecogedor. ¿Por qué cree usted que lo he elegido yo como mi hogar?

Entraron en la casa y Víctor acusó una nueva sorpresa.

—¡Sí, es el más clásico estilo sureño! Yo diría que ha sido copiado de...

—Por favor, no me prive del placer de decirlo yo mismo. He tenido el gusto de reproducir el interior de la mansión en la que vive, durante la película «Lo que el viento se llevó», Scarlett O'Hara antes de que estalle la guerra de la Secesión. Hace unos meses compré muchos muebles y otros detalles auténticos en la subasta que organizó la «Metro Goldwyn Mayer». Supongo que no le he contado nada que usted ignorase, ¿verdad?

—En efecto... —seguida intrigado—. Vive en dos ambientes casi antagónicos.

—¿Por qué, amigo mío? Ambos forman parte de la magia del cine; ambos son la muestra del poder que contiene la mentira fascinante proyectada en una blanca pantalla. Así es este intricado mundo.

Kurt Chade giró las ruedas de su silla y habló mirando fijamente a su interlocutor, demostrando que estaban tocando un tema que le apasionaba.

—Usted fue actor antes de la II Guerra Mundial, ¿no es cierto?

El dueño de «la mansión de las sombras» se detuvo y volvió a examinar al joven articulista. Sus ojos reflejaron una gran amargura y se adivinó que deseaba anular la entrevista. Pero no lo hizo.

—Acepto su reto, señor West. Nos sumergiremos en mi pasado si lo desea —hizo que la silla diera un giro de ciento ochenta grados y volvió a seguir avanzando—. Fui un actor del montón, pero algunos directores me consideraron un gran característico. Bien es cierto que mi dinero a veces resultó más fuerte que mi vocación, por eso no he pasado a la historia del cine. Luego he de referirme al desgraciado accidente, en 1945, que paralizó mis piernas para siempre. ¡Y la quietud me empujó a añorar lo que pude ser, por eso empecé a coleccionar objetos míticos del pasado cinematográfico!

Un nuevo servidor de gran estatura y vestido de negro, como los

anteriores, abrió una puerta y los dos entraron en un museo muy singular.

—Largo tiempo me ha llevado reunir estas maravillas. Ahí tiene las correas, el armazón casi de caballo, y una copia exacta del maquillaje utilizado por Lon Chaney para interpretar el papel de Cuasimodo, en el «Jorobado de Nuestra Señora de París». Cada una de las obras de arte le traerán el recuerdo de antiguas películas que habrá podido ver, a pesar de su juventud, en cinematecas y en la televisión —Kurt Chade hablaba con orgullo—. Ese es el vestuario que utilizó Bela Lugosi la primera vez que interpretó el papel de «Drácula». Ahí he colocado «El Golem», un monstruo de arcilla que el celuloide exhibió en 1914...

Sobraron las palabras porque Víctor West se hallaba absorto en aquel mundo de sugerencias, donde cada pieza le traía el recuerdo del actor que la utilizó y el argumento de la historia rodada...

—Señor West, debemos salir de aquí.

—¿Eh? —exclamó el articulista como si abandonara una mágica ensoñación—. ¿Cuánto tiempo hace que entramos en esta sala?

—Dos horas, diez minutos y treinta segundos. He debido llamarle la atención porque pronto se hará de noche y acostumbro a acostarme temprano. ¿Me acompaña?

—Sí. Perdone por el abuso, señor Chade.

—¿Perdonarle? Estoy muy orgulloso de que mi «obra» le haya interesado hasta el punto de perder la noción del tiempo.

El anfitrión comenzó a girar las ruedas de su silla y se dirigió a la puerta, subiendo por una pequeña rampa de madera que anulaba el pequeño salto de un escalón.

Entonces Víctor West advirtió una pequeña anormalidad que desechó casi al momento.

—¿Ha permanecido usted cerca de mi durante las dos horas, señor Chade?

—Sí. Acerté al elegirle como articulista del reportaje que publicará su periódico. Un hombre que siente tanto respeto, nunca convertirá esto en un objeto de feria.

El anfitrión se cubrió el cuerpo con su enorme capa negra y, después, recorrieron los salones que eran una copia exacta de la casa familiar de Scarlett O'Hara.

—¿Por qué no continuamos la entrevista en otra ocasión, señor Chade?

—Me parece una buena idea, amigo mío... ¿Qué ocurre, Jonathan?

Un criado llegó al lado del inválido y le habló al oído. Luego volvió a su postura estatuaría.

Víctor creyó que se trataba de una noticia sin importancia.

—Señor West, ha sucedido algo lamentable. Por lo visto usted contó a otra persona que venía a «la mansión de las sombras» con lo que ha provocado que alguien se encuentre aquí sin mi permiso. ¡Le ruego que corrija enseguida esta anormalidad!

Los dos se dirigieron hacia el portón del castillo del conde Drácula.

—Le va a resultar difícil completar su reportaje, señor West, porque no pienso volverle a dejar entrar en mi casa —amenazó Kurt Chade.

—¿Por qué?

—Un profesional auténtico, como yo le creía a usted, jamás habla a nadie de la obra que realiza. Ya se conocerá cuando esté concluida en su totalidad.

Víctor no silenció la réplica.

—Señor Chade, si tanto miedo tiene a los intrusos coloque perros guardianes en la puerta o una barrera electrificada, y hasta un circuito interno de televisión. Todo esto se lo autoriza la ley. ¡Pero mientras la entrada permanezca abierta cualquiera la cruzará le guste o no a usted!

—Está gritándome, amigo mío. ¿Se ha dado cuenta?

—Sí. Al acordar la entrevista con mi editor debió prevenirle de que deseaba mantenerla en secreto.

El joven contempló, desde la zona alta de la escalera de mármol, a Marilyn Shaw en el «Jaguar» azul eléctrico.

—¡Creí que nunca vendrías a rescatarme de la selva terrorífica, Víctor! —exclamó ella poniéndose de rodillas en el asiento—. ¡Señor Chade, tiene usted una casa «adorable»! ¡Si yo viviera aquí sería para cuadruplicar la factura de mi psiquiatra! ¿Se puede dormir entre unas paredes alucinantes?

—Un comentario irónico muy poco original —susurró el inválido—. La señorita se considera graciosa y busca que su amigo empiece a reír. ¡Intolerable!

—Descuide que ya no le molestamos más, señor Chade. Gracias por su hospitalidad. ¡Hasta pronto!

—¡Hasta nunca! Jamás debió caer en este error, amigo mío. Ahora nuestra relación será muy diferente —volvió a amenazar el dueño de la mansión de las sombras—. ¡Cometió una gran torpeza al provocar la llegada aquí de una mujer!

Víctor West descendió los peldaños de mármol y se dirigió a su coche. Estaba tan furioso que no le importó resultar grosero.

—¡Sígueme, Marilyn!

Los dos vehículos abandonaron aquel lugar extraordinario y descendieron por la carretera que comunicaba con la autopista Tampa-Miami, obedeciendo a una extraña necesidad de alejarse a la mayor velocidad posible.

Anocheecía cuando se detuvieron en una gasolinera.

—Te he seguido pensando que nos amenazaba un gran peligro, Víctor. ¿Te has fijado en la aguja del cuentakilómetros ha llegado a marchar los 140 k.p.h.?

—Sí. Vamos a cenar, cariño.

—¡Qué novedad! ¡Has llamado cariño a una chica que viste ropas hombrunas, lleva el pelo corto y es una militante del comité para la

rehabilitación de las clases oprimidas de este país!

—El nerviosismo me ha hecho cometer un error imperdonable.

—¡Oye! ¡Que así resulta mucho peor! —protestó en una actitud cómica. Y levantó el puño—. ¡El insulto me lo pagarás!

Víctor tuvo que cogerla por los brazos, jugando, y los dos forcejearon junto al «Chevrolet» verde manzana. Hasta que él consiguió inmovilizarla.

Estaban muy cerca y jadeaban levemente. En los ojos femeninos había una nota burlona, una invitación que él aceptó gustosamente.

Y el beso resultó algo necesario, el medio de olvidar un suceso desagradable.

—¡Baaaoo! Ha sido estupendo, Víctor... Ahora siento un enorme apetito. ¡Corramos a cenar! En los postres me recuerdas que te declare mi amor o... ¿No es ese un deber antiguo del sexo masculino?

—¡Ja, ja, ja! —rio el hombre cogiendo a su prometida por el brazo.

* * *

El letrero luminoso, que se encendía y se apagaba continuamente, provocó destellos en la larga hoja de la navaja automática.

—¡Te rajaré, metomentodo! —escupió Hoke Lee, la «mole», moviéndose como un luchador de «catch» en el cuadrilátero—. Te he visto salir del coche y mirar a mí ventana.

—Soy periodista, campeón.

—Lo sé. Mi cerebro funciona mal desde que me retiré, pero recuerdo a los tipos que, como tú, husmeaban por todas partes en busca de nuestras intimidades. ¡Entiendo que irías a la policía si te permito probar que es cierto lo que has oído al cerdo de Lorney Ross! ¡Ahora no escaparás!

Bruce West se mantenía a la defensiva, sin retirar su atención de la navaja, sabiendo que cualquier error le llevaría irremisiblemente a la tumba.

Ya le había silbado la muerte, muy cerca, en el momento que cruzó la puerta de aquel piso inmundo. Salvándole el hecho de que permaneciera la luz apagada, pues esto le advirtió del peligro y le hizo entrar saltando hacia el suelo, cuando el atacante permanecía de pie y escondido detrás de la puerta.

Pero en aquel momento Hoke Lee se abalanzó como un oso dispuesto a asestar el zarpazo definitivo. Su aliento, brotando como por una espita, hedía a cerveza.

Bruce esquivó el golpe moviéndose de costado y, a la vez, su pierna derecha aplicó un perfecto golpe de kárate.

El ex luchador de «catch» bramó de dolor y perdió el arma blanca. Esto le hizo quedarse quieto, indeciso. Momento que aprovechó el periodista para accionar el interruptor de la luz.

La claridad le permitió saber dónde había caído la navaja. Y se arrojó

en su busca sabiendo que era la única forma de que Hoke le dejara salir vivo de allí.

—Quieto, campeón —ordenó poniéndose en pie y colocando el acero como barrera que contuviera al enemigo—, ¡La utilizaré si tú me obligas!

El ex boxeador se inmovilizó con gesto torvo.

Bruce West se decidió a ir directamente al asunto.

—Hoke, ¿es cierto que horas después del asesinato de Gerold Gold te encontraron borracho a unos doscientos metros de «Miami Eagle»?

—Sí.

El ex luchador se desplomó en un sillón, vencido, dispuesto a responder a cualquier tipo de pregunta.

—Tuviste la suerte de que llegaran tus amigos antes que la policía. Creo que te trajeron aquí para librarte de líos. Pero al desnudarte hallaron en tus ropas una mascarilla de plástico que reproduce el rostro del monstruo de Frankenstein.

—La encontré en un cubo de basura... Me la guardé porque era algo gracioso... ¡Yo no sabía nada del crimen!

—¿Por qué rehuiste a la policía al conocer la verdad?

Hoke Lee, la «mole», se agitó intranquilo. Farfulló:

—Estoy fichado por mis frecuentes borracheras, que me hacen pegarme con todo bicho viviente. Dos veces he intentado aliarme con pandilleros; pero éramos aficionados y nos salieron mal las cosas —confesó ocultando su rostro entre las dos manos—. El comisario de esta zona de Miami Spring hizo lo posible, por lástima, para que a mí me enchironaran durante poco tiempo... ¡Pero él sabe que por dinero soy capaz de todo!

—¿Hasta de disfrazarte de monstruo de Frankenstein?

—Sí. Trabajaba en un circo el mismo día que asesinaron a ese cómico. Y allí me enseñaron a maquillarme como un payaso... Tengo, la altura y el peso que atribuyen al asesino... ¿Crees que me interesa ir a la policía?

—Es lo más conveniente. Mi periódico organizaría una campaña en tu favor, pues las pruebas que te incriminan son fáciles de tirar por el suelo... Será mejor que me acompañes, Hoke.

Pero Bruce West se había colocado muy cerca de la «mole». Y, cuando quiso darse cuenta, un puñetazo en el brazo le hizo perder la navaja.

El ex luchador saltó por el arma y llegó mucho antes que el periodista.

Los dos hombres mantenían una actitud tensa. Bruce le espetó, suasorio:

—Hoke, habría tenido mi artículo llamando a la policía en el momento que Lorney Ross me dio la información.

—¡No, metomentodo! ¡Conoces al soplón y temiste meter la pata! ¡Estás aquí para comprobar si la noticia es auténtica y vale el dinero pagado por ella!

—¿Jugándome la vida?

La «mole» arrojó con el pie una silla contra el periodista y consiguió

hacerle perder el equilibrio. Entonces saltó sobre él, blandiendo la navaja, y encontró unas manos fuertes que le sujetaron los brazos.

Los dos hombres forcejearon durante varios minutos. Sudando y respirando con dificultad, mientras la punta acerada buscaba, o conseguía ser alejada en un último momento, el rostro de Bruce West.

Hasta que el ex luchador utilizó un truco, de viejo zorro del cuadrilátero, al asestar un rodillazo en las ingles de su enemigo.

El periodista rugió de dolor, cerró los ojos, aturdido, y se le aflojó todo el cuerpo, quedando a merced de Hoke Lee.

Este alzó la navaja con ánimo de clavarla, y el acero estuvo muy cerca de cumplir su objetivo, pero no fue capaz de matar.

—¡Maldito idiota! —exclamó furioso consigo mismo—. ¡Vete de aquí antes de que me arrepienta!

Bruce obedeció, aún aturdido por el golpe, y salió al corredor de aquella casa, cuyos vecinos estaban tan acostumbrados a la violencia que ni sentían curiosidad al escuchar voces o el estrépito de una pelea.

En la calle no encontró a Ilka Catton, ni al coche. Comprendió la razón.

Le pasó por la cabeza la idea de utilizar el teléfono para llamar a la policía, pensando que así ayudaría a Hoke Lee, la «mole».

—El tipo se pondría nervioso al ver los uniformes y armaría un buen jaleo —pensó dirigiéndose a una calle cercana, por dónde llegaba el vehículo que conducía la mujer—. Será mejor que lo arregle con mucho tacto.

—¿Qué tal le ha ido, Bruce? —quiso saber ella.

—Mal. Por poco le hago ir a mí entierro al día siguiente de conocernos. ¡Vámonos!

—Pero yo tenía que realizar unas fotos. ¡A eso he venido con usted! —y aclaró—: He tenido que esperarle dando vueltas con el coche porque vi a unos tipos merodeando por la calle —explicó ella sin dar importancia al comportamiento masculino.

—Lo entendí así al descubrir que usted no se hallaba donde convenimos, Ilka.

Se iba tranquilizando, mientras decidía el siguiente paso que iba a dar.

—¿Dónde vamos, Bruce?

—A las oficinas del fiscal del distrito.

Capítulo 6

S

OLDADOS, estáis enterados de que yo soy amigo personal de nuestro presidente... ¿Queréis que os cuente un secreto? —preguntó el famoso cómico Howard Hope.

—¡Sí!

Exclamaron a coro los miles de soldados que asistían al espectáculo montado en uno de los hangares de la base aérea de San Diego.

—Pero no se lo digáis a nadie. Os suplico que después de oírlo lo borréis de vuestra mente, para que no ocurra la fatalidad de que lo soñéis en voz alta... ¿Consideráis que son de fiar vuestros vecinos de las camas de al lado?

La respuesta fue muy variada y formó un sonido alto y poco inteligible.

—Conforme, soldados. Hay diversidad de opiniones. Pero como yo soy un patriota y tengo confianza en el ejército os contaré el secreto. Sucedió hace unos días. Yo acababa de dar de lado al único tipo que nunca me pide un autógrafo, porque ya lo tiene en mi declaración de impuestos...

—¡Ja, ja, ja, ja!

—Cuando me llamó el presidente —«miss Nuevo México» se acercó llevando un teléfono que el cómico manejaría para simular una conversación—, «¿Hablo con el gran humorista Howard Hope? Sí. Un consejo, señor presidente: Gran humorista solo hay uno: Yo. Así que la próxima vez puede ahorrarse mi nombre, que yo le entenderé».

—¡Ja, ja, ja, ja!

—«Mire, Howard, buen amigo. Me encuentro en un verdadero problema. Quizás provoque un conflicto diplomático si no doy con la solución más conveniente».

El cómico realizó una imitación perfecta y, haciendo uso de su habilidad de ventrílocuo, consiguió que la voz pareciera salir del auricular telefónico.

—«Usted dirá, señor presidente».

—«Pues es complicado... Mis “chicos de la Casa”, los que han resuelto lo del Vietnam y la guerra fría, no dan la clave... Creo que conviene ir al grano, pues la factura del teléfono lo mismo nos desequilibra el presupuesto de gastos presidenciales».

—¡Ja, ja, ja, ja!

—«Es el caso que me esperan al otro lado de los dos teléfonos rojos el amigo Mao Tse-tung y el amigo Breznev. Ambos saben que el otro me

llama y adivinan la trampa en la que me han metido... ¿Qué me aconseja usted, amigo Howard?»

El humorista había estado sudando durante la última fase de la conversación. Se limpió con un pañuelo la frente, los ojos y las orejas. Después realizó una inclinación de cabeza en señal de respeto y estrujó el auricular, del que cayó una gran cantidad de líquido.

—¡Ja, ja, ja, ja!

En el acto aparecieron, con trajes hawaianos, «mis Honolulu», trayendo un nuevo teléfono, y *miss* «Oahu» con una mesita.

—Gracias, viejitas —dijo el humorista. Luego se colocó una mano en la boca y habló, ante el micrófono, como si hiciera una confidencia—. Aquí donde las veis tienen ochenta y siete y setenta y cuatro años respectivamente. Las encontré en una isla del Pacífico, en la que no hemos llegado a pisar los «hijos de tío Sam», y pude comprobar allí que todas las nativas ofrecen este esplendor desde los quince hasta los ciento cuarenta años. ¿Cuánto me pagarías por el mapa de ese paraíso?

Los soldados formaron un murmullo de voces encendidas. Y algunos se atrevieron a indicar unas cantidades.

—¡Rrriinnnggg!

—«¿Qué hay, Richard? ¡Oh! Perdona, señor presidente. Amigo Howard, la impaciencia me va a hacer explotar... ¿Quiere decirme de una vez por todas qué se le ha ocurrido para solucionar el problema al que me enfrento? Pues... Dándole vueltas al asunto he encontrado este recurso algo disparatado: Páseme la comunicación de los dos teléfonos rojos. ¿Le parece bien, señor presidente?»

Howard Hope empezó a escuchar las voces de las personalidades comunistas, que imitó perfectamente con su habilidad de ventrílocuo, y simuló un cruce de líneas telefónicas. Y al chino le hizo escuchar pasajes en verso de «El libro rojo» y al ruso las estadísticas de fabricación de tractores en todo el mundo.

Las risas corearon la prodigiosa exhibición. Luego el cómico se despidió, entre aplausos y silbidos admirativos, dejando en el escenario al numeroso grupo de bellezas que le acompañaban.

Aquella misma noche en la tranquilidad de su rancho, cercano a Gila Bend, Arizona, Howard Hope se sintió muy alegre.

Disponía de todo lo que un hombre puede ambicionar: Una mujer enamorada, con la que llevaba casado cerca de veintiocho años, cuatro hijos que no eran ni mejores ni peores que los de cualquier familiar normal, unas propiedades que le rentaban saneados beneficios, una cuenta corriente de varios millones de dólares, acciones en cinco de las más importantes empresas del país y su salud era a prueba de bombas.

Podía considerarse un hombre feliz.

Nada más entrar en la casa vio a su esposa. Se besaron y ella bromeó:

—Querido, otra placa conmemorativa de tu actuación en la base aérea

de San Diego.

—Que luce las firmas del secretario de defensa y del general Walter B. Donovan. Tendremos que ampliar la sala de los trofeos, Patricia.

Los dos bromearon porque entendían que el humor era la savia del rancho «Sonrisa Abierta».

—Me has hecho pensar en algo espléndido, cariño. Llamaré a mis amigos de la N.A.S.A. para que me regalen uno de los satélites artificiales que tengan en desuso... ¿Qué te parece si ponemos a Johnny orbitando nuestra casa? Así contaríamos con toda una habitación y mayor espacio para mis trofeos.

—¡Ja, ja, ja, ja!

Tres horas más tarde, Howard Hope dormía en su habitación individual. Su sueño era tranquilo y natural, pues no necesitaba de la ayuda de pastillas para conciliarlo con facilidad.

La frialdad del aire que entraba por una ventana abierta le despertó. Abandonó la cama con el único pensamiento de seguir descansando y cogió la bata de alto cuello, pues su única preocupación era evitar las afonías propias de un resfriado.

Pero al llegar al perchero descubrió dos grandes ojos rojos, alargados y penetrantes como los de una pantera, que le miraban fijamente.

Howard Hope se quedó quieto, tragó saliva y sintió un extraño hormigueo subiendo y bajando a lo largo de su columna vertebral.

—¿Quién es... usted? —preguntó fallándole la voz.

La respuesta fue el sonido producido por una ropa gruesa al rozar con el respaldo de una silla y el de unos pies avanzando por la gruesa moqueta del suelo.

La claridad lunar descubrió al intruso que iba vestido como el conde Drácula.

El recuerdo de un asesinato ocurrido hacía veinticinco días acudió a la mente del cómico: Gerold Gold y el monstruo de Frankenstein.

—¿Por qué me han elegido a mí? ¿Qué beneficio les reportará mi muerte? —inquirió pensando que aquel «vampiro» formaba parte de una organización criminal.

Mientras el conde Drácula seguía avanzando, sin prisas, con la lentitud del verdugo que no ha dejado ningún margen de salvación a su víctima.

Howard corrió a la mesita de noche, abrió el cajón superior y buscó con manos temblorosas...

—¡No está! ¡Si después de aquello guardé aquí una pistola cargada! —el escalofrío se hizo más intenso—. ¿Quién la ha podido coger? ¡Cielos! ¿Estoy atrapado?

Al darse la vuelta comprobó que el enemigo le cerraba el paso.

Aquellos ojos felinos indomables, con iris magnéticos, parecieron taladrarle el cráneo para llenarlo de terror.

Reaccionó porque tenía mucha vitalidad y eran numerosas las razones

por las que merecía la pena seguir vivo.

Se arrojó al suelo, cruzó por debajo de la cama porque era la única forma de no encontrarse con el asesino, corrió a la puerta y consiguió abrirla.

Al coger el teléfono de su despacho miró hacia atrás y no vio al vampiro. Esto le hizo temer por la vida de los ocupantes de su casa.

Suponiendo lo peor levantó el auricular y golpeó sus dedos sobre el tabulador, insistentemente, creyendo que aquel nuevo obstáculo obedecía a un simple fallo mecánico. Necesitando hallar una respuesta lógica en el enorme caos que empezaba a rodearle.

—¡Ni un sonido...! ¡La línea está cortada! ¿Por qué? —gritó transformando sus dudas en palabras.

Entonces vio cómo el asesino entraba en el despacho.

Escapó de allí y buscó un nuevo teléfono, luego un tercero y, por último, un cuarto.

Siempre con la sombra, de capa y ropas negras, cuyas pupilas eran dos fosforescencias en la semipenumbra reinante en la casa.

—¡Es obra del monstruo!

Se dijo saltando de tres en tres los peldaños de la escalera que conducía a los pisos superiores.

—¡Es imposible que haya utilizado todas mis defensas! Iré al garaje, sacaré el coche y con el claxon despertaré a todos los ocupantes del rancho... ¡Patricia y Johnny se encuentran ahora a merced del asesino! ¡Cielos! ¿Qué haré?

La decisión la encontró, teniendo que improvisarla a la desesperada, con la presencia del conde Drácula.

Saltó por encima del pasamanos de la escalera, con una habilidad impropia de sus setenta años, y cayó al suelo de la planta baja.

Salió a la fría noche sin pensar en el peligro de una afonía porque le acechaba algo infinitamente peor. Cruzó el jardín velozmente y llegó al garaje.

La realidad fue una bofetada para su esperanza.

—¿Dónde están los tres coches? ¡No han podido desaparecer! ¡El sonido de los motores me habría despertado!

Las palabras eran, desde hacía algunos minutos, el deseo angustioso de no aceptar la idea de que estaba atrapado.

—¡Johnny y Patricia se encuentran solos!

Ni se dio cuenta del suelo que pisó, de la entrada que utilizó, ni de los lugares que cruzó hasta llegar a la puerta.

Los puños de Howard Hope golpearon frenéticamente la madera. Cuando ya era un manojo de nervios a punto de quebrarse, de estallar incontrolables.

—¡Abre, Patricia! ¡Despierta, cariño! ¡Por todos los santos escúchame! —suplicó mientras accionaba la manija de una puerta que no se abrió.

Dejó de gritar, creyendo que así escucharía algún sonido esperanzador, y el silencio fue una respuesta aterradora.

Nuevamente le rodearon la quietud carente de sonidos y la oscuridad.

Y, de repente, vio los ojos felinos, malignos, y apareció el lento caminar del vampiro.

—Ignoro de qué medio se ha valido, canalla. Pero no me vencerá... Sé que usted lleva un disfraz... ¡Es un loco que utiliza como arma el miedo de sus víctimas!

Sus palabras querían ser duras, valientes, mientras retrocedía sin advertir que sus actos le traicionaban.

Corrió, desalado, a la habitación de su hijo. ¡Qué suspiro de alivio se escapó de sus labios al ver que la puerta se abría!

—¡Arriba! ¡Tu madre y los demás estamos en peligro! ¡Despierta por favor!

Tenía al muchacho de dieciocho años, su hijo, cogido por los hombros y no le sentía reaccionar.

Le golpeó en las mejillas, le zarandéo y le gritó infinidad de veces.

Y no recibió ningún tipo de respuesta.

—¡Drogado! —tuvo que deducir Howard Hope—. Lo mismo ha debido hacer con Patricia y con el resto de los ocupantes del rancho... ¿Por qué? Si su intención es la de matarme, ¿cómo ha montado todo este teatro dantesco? ¿No le habría sido más fácil pegarme un tiro o sorprenderme mientras dormía? ¿A qué mente demoniaca se le ha ocurrido esto?

Entonces vio cómo el conde Drácula entraba en el dormitorio.

—¡Ya me he cansado de huir! ¡Voy a machacarle, asesino! —se adelantó decidido a pelear, impulsado por un deseo de venganza—. ¡Comprobaré que es de carne y hueso! ¡Que es vulnerable! ¡No me acobarda su seguridad, ni todo lo que ha hecho en el rancho!

Saltó sobre el monstruo, queriendo pelear salvajemente, y dos manos le detuvieron.

Luchó frenéticamente para zafarse de aquellos dedos, como argollas, que se clavaban en sus muñecas y le inmovilizaban los brazos. Utilizó los pies y nunca alcanzó al enemigo.

Siempre con aquellos ojos rasgados, de pantera, clavados en los suyos como unos globos luminosos que atraían y fulminaban.

Se sintió débil, indefenso, la protesta fue empequeñeciéndose en su cerebro y le dominó una quietud aterradora. Le anulaba toda capacidad de pensamiento.

Cuando el vampiro abrió la boca, dejando al descubierto unos caninos afilados, el instinto de supervivencia de Howard Hope intentó vencer el sopor que le paralizaba. Pero los dedos férreos no cedieron.

El inútil esfuerzo se concentró en su corazón, cuyas palpitaciones se aceleraron al máximo, que resultó fiel reflejo, la auténtica víctima, de la imagen que descubrían los ojos.

El conde Drácula empezó a descender la cabeza exhibiendo sus dientes y una extraña avidez. Demostrando que deseaba herir el cuello de su víctima.

—¡Es mentira! ¡Estos monstruos no existen en la realidad! —pensó el cómico aferrándose a la lógica—. Pero... ¡Cielos! ¿Será realmente un vampiro?

El aliento de su verdugo le quemó la garganta y el contacto de los caninos afilados le hicieron acusar un escalofrío sin límites.

En aquel instante la realidad oprimió su corazón hasta el punto de que el cerebro se llenó de una nube roja, enloquecedora, y un ahogo en aumento terminó por matarle.

Capítulo 7

S

I, pivot. Tú irás al rancho «Sonrisa Abierta» —la orden del director del «Miami World» pareció una amenaza—. Eres el único periodista del país que ha encontrado varios puntos de contacto entre la muerte de Howard Hope y el asesino de Gerold Gold.

—Desea usted que pruebe mi teoría. Y si fracaso tendrá un motivo para despedirme, ¿he? —replicó Bruce West sin amedrentarse.

Los dos se hallaban solos en la sala de teletipos del diario. Las máquinas esperaban las noticias y el silencio era roto por el leve zumbido de los fluorescentes.

—Tengo motivos para colocarte en esa encrucijada. El caso de Hoke Lee, la «mole», lo resolviste de una forma horrible. Mi nieto, que tiene seis años, lo habría hecho mejor... ¿Acaso te crees una hermanita de la caridad?

—No. Fui a las oficinas del fiscal del distrito para que el ex luchador de «catch» no hiciera un disparate al ver a la policía. Y conseguí que me acompañasen tres inspectores de paisano...

—¡Mientras Lorney Ross ya había movilizado a todos los coches patrulla de Miami!

—Jefe, ¿quién provocó ese lío? A mí me desagradaba tratar con el soplón. Recuerde que pretendí advertirle del peligro, pero usted se entregó a la diversión de aparentar que es un viejo testarudo porque deseaba impresionar a su nueva y bella subalterna.

—¡Bruce, es demasiado! ¡No te lo consiento!

El joven se dio cuenta de que había ido muy lejos con las palabras. Intentó formar una sonrisa, compuso un gesto de contrariedad y dijo:

—Perdone. El asunto parece haberme convertido en una ballesta... Cualquier dificultad me hace saltar.

—Lo entiendo, pivot. Pero tú también debes ponerte en mi lugar. Creí que disponía de una buena noticia y pagué por ella cinco mil dólares...

—Le devolví el dinero.

—Ya lo sé. ¡A costa de romperle las narices a Lorney Ross! ¡Y ese fulano pretende demandarnos por daños, pues ha presentado una denuncia en contra del «Miami World»!

—Denuncia que no prosperará porque el granuja se encuentra detenido por encubrir a un posible criminal.

—Vayamos por partes. Primero, tenías la noticia del año y elegiste la oficina del fiscal en lugar de venir a este edificio. Segundo, Hoke Lee

estuvo a punto de matarte, lo que ya de por sí constituye algo publicable. Tercero, cuando llegaste con tus inspectores de paisano los policías uniformados ya habían atrapado al culpable. Cuarto, tu protegido no ofreció ninguna resistencia. Quinto, la obligación de un periodista es telefonar a su director para decidir, los dos juntos, el paso que conviene dar. Y sexto, has colocado al periódico en una situación difícil al escribir que la misteriosa muerte de Howard Hope ofrece varios puntos de contacto con el asesinato espectacular de Gerold Gold.

El sonido de uno de los teletipos desvió la atención del director, que se acercó a leer en voz alta el mensaje:

—«Gila Bend, Arizona. Realizados los análisis de sangre y orina a la esposa del malogrado cómico Howard Hope, se han encontrado restos de percaina. Este anestésico pudo ser ingerido por vía bucal por todas las personas que, en el rancho «Sonrisa Abierta», sufrieron el extraño y pesado sueño durante la noche del crimen...»

El teletipo siguió funcionando, ampliando la noticia, pero los dos hombres ya sabían lo suficiente.

—Ahora me toca a mí pedirte disculpas, Bruce. La percaina convierte la muerte de Howard Hope en un asesinato.

—Se precipita usted, jefe. Aún debemos esperar los oportunos análisis que realizarán al resto de los ocupantes del rancho. ¿Sigue en pie lo del viaje?

—¡Más que nunca! Demuestra a todos los cabezotas, como yo, que fuiste el primero en deducir la verdad. Y no te preocupes por Hoke Lee, la «mole», porque acabo de convertirlo en el protegido del «Miami Eagle».

El director tendió la mano, sonriendo, y el periodista la estrechó con calor.

—Siempre he creído en ti, pívot.

—Por favor, no me ponga los laureles antes de finalizar la batalla. ¿Cuándo le parece bien que salga de viaje?

—Esta tarde, en el avión de las 19:13, volarás hacia Gila Bend. Ruth tiene los dos pasajes.

—¿Dos?

—Sí. Te acompañará Ilka Catton... ¿Por qué me miras así, pívot?

—Creí que era su protegida. Y va a dejarla a mí merced. ¿No arriesga demasiado?

—Ella sabe perfectamente defenderse de los conquistadores profesionales, lo que tú no eres, y tiene reñones para salir ilesa de cualquier asedio... ¿Te gusta la chica?

—Sí, como mujer y no como competidor. Sería mejor que cubriera la sección de modas o la de notas de sociedad en lugar de tenerla de fotógrafo de sucesos.

—Dejaré que sea ella quien te responda. ¿Qué le parece la opinión de su colega, Ilka?

—Muy propia de un cavernícola que desearía vernos a las mujeres en la cocina o fregando suelos. Pero, afortunadamente, no todos los hombres piensan así. Soy una periodista auténtica, señor Stone.

—Yo pienso que estamos perdiendo el tiempo cuando solo disponemos de dos horas para hacer el equipaje y presentarnos en el aeropuerto.

* * *

—¿Qué te hizo pensar que existía una similitud entre la muerte de Howard Hope y el asesinato de Gerold Gold? —preguntó Víctor colocando la ropa en la maleta.

—No es corriente que dos famosos actores cómicos fallezcan, de una forma tan anormal, en el espacio de veinticinco días. Luego estaba el hecho del colapso sufrido por el segundo artista; un hecho que sorprendió hasta a su médico personal porque le acababa de someter al chequeo anual. Y por último, me apoyé en el extraño sopor que sufrieron todos los ocupantes del rancho «Sonrisa Abierta» y en la confesión de la esposa sobre su sueño ligero que fue a cambiar aquella noche.

Los dos hermanos se hallaban preparando el equipaje del mayor.

—Arriesgaste mucho al aventurar que el asesino era un mismo hombre o una misma organización.

—Es posible, intelectual. Anda, siéntate en la maleta que voy a cerrarla.

—Podías haber cogido una de las mías que son más grandes. ¿Hago suficiente peso?

—Eres lo que yo necesitaba. Veamos cómo funcionan los cierres... ¡Ya está! ¿Será puntual Marilyn?

—Confía en ella. Te dejaremos en el aeropuerto media hora antes de que salga tu avión.

—Lo digo porque hoy su comité ha organizado una manifestación ante el «Hialeah Park». ¿La dejarán libre? —bromeó Bruce.

—Son bastante complacientes. Una de sus amigas llevará dos pancartas. Andando, papi.

Salieron al corredor y tuvieron que descender la escalera de los ocho pisos porque ninguno de los ascensores funcionaba.

Ante el aparcamiento del edificio encontraron el «Jaguar» azul eléctrico.

—¿Y su propietaria, intelectual? —preguntó intranquilo el ex baloncestista.

—Ahí viene. ¡Pero si se ha traído la pancarta!

La chica llegó con una expresión de ligera indignación y mostrando su «mensaje»: «El dinero de los hipódromos para los indios».

—Hola, chicos. Ha sido la única forma de que me permitieran abandonar la manifestación. Yo conduciré y uno de los dos, cuando vea alguna mujer de mi misma facha, procurará exhibirla. Espero que con eso

salve la papeleta.

—¡Ja, ja, ja! —rieron los dos hermanos al ver los gestos cómicos de la joven.

—Pero ahí no queda todo... A «Marlon Brando» le ha dado por ladrar y he estado toda la noche sin dormir. ¿Quieres conducir, Víctor?

—Marilyn, ¿te estás refiriendo al actor? —preguntó Bruce ligeramente asustado.

—No, futuro cuñado. Tengo un perro alsaciano al que le cambié el nombre en el momento que el actor se negó a recoger el Oscar por el mal trato que reciben los sioux.

—¡Original! ¡Os aseguro que formaréis un matrimonio muy divertido! ¡Ja, ja, ja!

* * *

Aquella misma noche «Marlon Brando» comenzó a ladrar mucho antes que el día anterior.

—Lo siento, «Truman»... Tendremos que aplazar nuestra cita literaria para otro momento. Hay un pelmazo en el jardín que parece estar celoso de ti —Marilyn tiró la novela a la cama y abandonó las sábanas. Tendré que enseñarle buenos modales.

Alcanzó el salto de cama, que se fue poniendo a medida que abandonaba el dormitorio y cruzando el corredor. Terminó en el pequeño cuarto de estar.

Encendió la luz del recibidor y le llamó la atención que el Buda, colocado en el centro de la mesita del sombrerero, no estaba en su sitio. Y subsanó la pequeña deficiencia, dando idea de una curiosa minuciosidad.

Al abrir la puerta advirtió que el felpudo de la entrada había sido desplazado.

—¡Calla, chillón! ¡Qué pronto has perdido las buenas costumbres!

Comenzó a soltar la cadena que sujetaba al animal.

—¡Vamos con el golfo! La amita acude a tus aullidos caprichosos y tú te callas porque has conseguido lo que querías... ¿Qué debía hacer yo ahora contigo?

La reacción femenina era difícil de adivinar, la del perro se supo en el mismo instante que fue puesto en libertad, pues se lanzó como una exhalación, en busca de la puerta del chalet, ladrando como una fiera.

Marilyn Shaw vivía sola. Durante el día había contratado una mujer para que le hiciera la limpieza de la casa y lavara la ropa.

Jamás había tenido que pensar en protegerse y se creía capaz de enfrentarse a cualquier tipo de peligro. Además, había muchas casas en las cercanías y contaba con un teléfono.

Al cruzar la entrada se dio cuenta de que «Marlon Brando» había dejado de ladrar.

—Ya ha abierto la nevera y estará zampándose los solomillos. ¿Por qué traería yo aquí a un perrito tan civilizado? —pensó algo enojada—.

Cerró la puerta y fue apagando las luces a medida que se acercaba a la cocina.

Al accionar el interruptor del comedor advirtió que la piel de oso estaba descolocada y, nada más agacharse para ponerla en su sitio, descubrió algo sorprendente.

—La cabeza ha sido aplastada, destrozada... ¡La han pisoteado hasta machacarla! ¿Por qué? —pensó sintiendo una cierta intranquilidad—. Esto no lo ha hecho «Marlon». Entonces...

Al levantarse sus ojos miraron hacia todas partes adivinando que alguien se hallaba en la casa. Recordó las pequeñas deficiencias que había ido arreglando.

Primero debía hallar una respuesta al silencio del perro.

En la cocina no le encontró y la nevera permanecía cerrada. La abrió y comprobó que los solomillos seguían intactos y en el mismo lugar.

Esto la dejó quieta, indecisa. Giró su mirada hacia todas partes. Y terminó por descubrir otra anormalidad. El papel de la pared junto a la zona baja del cerco de la puerta, presentaba dos pequeños desgarrones.

—Esto sí es obra de «Marlon Brando». Ha debido revolcarse y sus pezuñas se clavaron aquí y también arañaron la madera del cerco... Es la primera vez que actúa así —pensó muy intrigada.

Caminó hacia la sala de estar, a dos habitaciones y un corredor de distancia, en busca del teléfono.

Cruzó el comedor de prisa, sin encender la luz, creyendo que de las sombras brotaría el intruso que la acechaba.

Cuando cogió el auricular y lo descolgó de la horquilla creyó que iba a desmayarse.

—¡Hay línea! ¡Gracias a Dios! Creí que la encontraría cortada...

Marcó el número de Víctor sin dejar de cantar mentalmente. Y el corazón le dio un vuelco de alegría al comprobar que era atendida su llamada.

—Soy Marilyn, querido... Estoy en peligro —la voz fue un susurro, que ella intentó ahogar para que no llegara al resto de las habitaciones—. Ven a mí casa... Por favor, no tardes... ¡Te amo! ¡Hasta pronto!

Sintió la despedida como una separación definitiva.

La rodeaba un gran silencio y las sombras horribles. Las sombras que brindaban refugio al intruso que acechaba.

Empezó a moverse despacio, girando la vista hacia todas partes, con el corazón oprimido y esforzándose para aguantar el deseo de transformar la sensación enervante en un grito desesperado.

Abandonó la sala de estar y entró en el corredor sin encender las luces, porque la claridad lunar le permitía ver lo necesario y, a la vez, parecía ofrecerle protección.

Llegó al comedor manteniendo las mismas precauciones. Solo halló silencio, oscuridad y ninguna señal de la presencia del que acechaba.

Y, de pronto, se dio cuenta de que su situación era absurda.

—Actuando así juego a favor del intruso. Debo moverme con valentía para no acabar sufriendo un infarto. ¡Me enfrentaré abiertamente a la realidad!

Aceleró el paso y fue encendiendo las luces de todas las habitaciones que iba atravesando. De esta forma recorrió la casa en unos diez minutos.

—No he visto a nadie... La ventana del otro dormitorio se hallaba abierta... ¿Habría escapado por ahí el intruso? —pensó comenzando a recobrar toda su confianza.

Pero como aún le quedaba alguna duda, volvió a recorrer el interior del chalet efectuando un registro minucioso.

Poco más tarde se convenció de que su casa era una fortaleza impenetrable.

La excitación nerviosa le había agotado y aún sentía el sudor en su cuerpo, por lo que decidió bañarse.

La sonrisa se convirtió en un gesto de alegría abierta y casi corriendo llegó al dormitorio, donde advirtió que la novela «A sangre fría», de Truman Capote, se encontraba en el suelo.

La recogió sin dar importancia a lo que hacía, porque consideraba el suceso que acababa de vivir como una simple anécdota.

Se quitó el salto de cama y, pensando que su novio tardaría más de quince minutos en llegar al chalet, entró en el cuarto de baño.

Del armario sacó un frasco de sales, una toalla grande y una manopla esponjosa. Todo esto lo colocó sobre una banqueta azulada; luego se quitó las babuchas y dejó que sus bellos pies pisaran la pequeña alfombra. Por último describió la cortina de plástico e intentó pasar a la bañera para ducharse. Pero...

¡Encontró el cadáver de «Marlon Brando»!

El perro había sido estrangulado por alguien que tenía una fuerza descomunal.

Marilyn Shaw se tapó los ojos y se dio la vuelta, a punto de romper a llorar. Sin entender el significado de aquello.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Ahora sé por qué dejó de ladrar! El intruso debió atraparle en la cocina y allí le mató. Pero... ¿Por qué le ha traído aquí?

Habló sujetando aún las cortinas y sin querer mirar al interior de la bañera.

Tenía miedo.

Se sintió dominada por un deseo irresistible de abandonar el chalet. Corrió a la ventana, sin las babuchas ni el salto de cama, y sus manos nerviosas comenzaron a accionar la falleba.

Entonces escuchó unos pasos sigilosos y todos sus sentidos supieron,

como en una descarga eléctrica, que allí estaba el intruso que acechaba en las sombras, el matador de «Marlon Brando».

Giró la cabeza dispuesta a afrontar la realidad.

Y esta le ofreció algo mucho más horrible que todo lo supuesto, pues encontró a...

¡El monstruo Frankenstein!

Capítulo 8

M

ARILYN Shaw profirió un grito desgarrador y se quedó petrificada.

Mientras, el ser deforme avanzaba hacia ella, con los brazos extendidos, queriendo atraparla. Moviéndose lentamente en un espacio relativamente pequeño.

Las manazas casi la tocaban cuando reaccionó, a pesar del asco y del terror que sufría intentó saltar por la ventana.

Logró abrirla y colocó sus codos en la parte inferior del cerco metálico. Pero en el momento que iba a dar el salto, que le permitía alcanzar el patio, fue apresada.

La sensación de asco casi se convirtió en un deseo de vomitar y el terror la agitó en un ataque histérico.

Ya no fue ella misma.

Se convirtió en un animalillo acosado que se defendía con todos los medios posibles.

Por eso clavó los dientes en una de las manazas del monstruo y le golpeó con los puños y los pies.

Y el ataque femenino produjo algo desconcertante, absurdo, que ella vio y no tuvo ánimos para juzgar:

El ser deforme retrocedió, mirándose la mano, y profirió un sonido natural.

Así pudo Marilyn Shaw saltar al patio, donde tendían la colada, correr a la pequeña cerca de madera que superó con movimientos impersonales y llegar a la carretera.

Sin mirar jamás hacia atrás.

El sonido del motor de un camión le devolvió una pequeña esperanza. Alzó los brazos, al ver los faros, moviéndolos frenéticamente.

—Señorita, ¿es usted real o la estoy soñando con los ojos abiertos? —preguntó el viejo camionero nada más detenerse cerca de la joven—. ¿Se ha dado cuenta de cómo va?

—Señor, ayúdeme... Estoy en peligro de muerte. Por favor, Sáqueme de aquí.

El hombre entendió que aquello era cierto. Se rascó la cabeza, abrió la portezuela, dio la mano a la muchacha, la vio sentarse a su lado y, después, pisó el acelerador.

—¡Un marido borracho! No... ¡Greg, eres un viejo idiota que siempre piensas en lo mismo! —se dijo en voz alta reprochándose la pregunta—. La

señorita es algo muy fino y seguro que no la sucede nada de lo que tú supones... ¡Por mí tía de Sacramento! ¿Qué hago yo imaginando cuando usted puede darme una respuesta? ¿Querrá satisfacer la curiosidad de un solitario de las carreteras?

Marilyn estaba a punto de recuperarse. Miró al camionero e intentó formar una sonrisa.

—Si le contara la verdad usted no la creería —dijo mirando hacia el frente.

—¡Por mí abuela de Albuquerque! ¡Señorita, así lo empeora usted pues ahora me siento más intrigado! ¡Sopla! ¿Dónde tendré la cabeza? Tal vez la estoy dejando congelarse... A sus espaldas, detrás del respaldo del asiento, hay una zamarra de cuero. Póngasela.

—Gracias.

Los dos permanecieron en silencio durante unos minutos, hasta que ella exclamó:

—Señor, le suplico que volvamos al mismo lugar donde me ha encontrado. ¡Es necesario prevenir a Víctor del peligro que encontrará en el chalet!

—Como guste. ¿Puede creer que estoy pensando en cambiar mi ayuda por su confidencia? —preguntó mientras realizaba la maniobra que les permitiría regresar al punto de partida—. Olvide las pretensiones de este viejo... Pero sería bonito contar a mis nietos que una noche estrellada, en las afueras de Miami, surgió ante mí una bella hurí, a la que salvé de un gran peligro... ¿Me creerán esos mocosos inteligentes si no les explico la índole del peligro?

Una ligera sonrisa se asomó a los labios femeninos.

—Cuénteles que me atacó un loco... Sí, creo que es un calificativo que corresponde perfectamente a mí enemigo.

El silencio volvió a ser un sedante benigno, que ella agradeció a su parlanchín acompañante, y un medio de examinar todo lo sucedido.

—Ya llegamos. De aquel «Chevrolet» está saliendo un joven. ¿Tiene algo que ver con usted?

—Déjeme aquí mismo, por favor.

Ella saltó a la carretera antes de que el camionero se detuviera y gritó:

—¡Víctor!

La noche silenciosa, tranquila, hizo que él la oyera perfectamente. Los dos corrieron en busca del otro, abrazándose en el momento del encuentro.

—Señorita, este es un buen final para la historia que contaré a mis nietos —dijo el camionero desde una de las ventanillas de la cabina—. Y si me devuelve la zamarra tendré una prueba que confirmará mis palabras.

—Tenga, señor. ¡Gracias! ¿Puedo saber su nombre?

—Pues... Será mejor que me llame el viejo camionero de aquella noche, que los nombres son fáciles de olvidar. Yo la recordaré a usted como la bella señorita que surgió ante mí como una hurí de «Las mil y una noches».

Espero que la continuación de la historia no resulte demasiado peligrosa para ustedes... ¡Adiós!

—¡Adiós! —exclamaron los dos jóvenes.

Luego Víctor se quitó el jersey y se lo puso a Marilyn. Viendo cómo el camión se perdía en la noche.

* * *

—Señor Algren, mi acusación se apoyó en un razonamiento lógico. Antes de pisar este despacho sopesé mucho el paso que daba —expuso Víctor West sin disimular su enfado.

Se hallaba sentado ante el fiscal del distrito, del que le separaba una amplia mesa de escritorio.

—Se ha demostrado que la realidad no le apoya a usted. Kurt Chade y todos sus servidores se encontraban, la noche que fue atacada la señorita Shaw, en las proximidades de Silver City, Nuevo México.

—¡Pero es que todo concuerda, señor Algren! Yo escuché cómo ese loco me decía que la llegada de una mujer a «la mansión de las sombras» suponía un gran error. Es un coleccionista de disfraces terroríficos... ¡El monstruo Frankenstein atacó a Marilyn...!

—Un momento, Víctor. Hace dos días, al presentarse la acusación, se refirió a usted a un suceso bastante extraño. El personaje disfrazado pudo matar a su prometida, pues dispuso de un escenario solitario sumido en una semipenumbra y con que ella estaba muy asustada. Después, al producirse el encuentro en el cuarto de baño, el ataque fue muy relativo... ¿Cómo es posible que un individuo que acababa de estrangular a un perro alsaciano retrocediese asustado porque una mujer le había mordido la mano? ¿Va a hacerme creer que este individuo es el mismo que asesinó brutalmente a Gerold Gold?

El fiscal del distrito se puso de pie manteniendo una actitud paternalista, que al joven no le agradó.

—Acepté la acusación porque me pareció factible. Era una pista inesperada que a nadie se nos había ocurrido. Pero el hecho de que Kurt Chade se encuentre en Silver City derriba totalmente nuestras esperanzas de resolver un caso muy complicado.

—Yo estuve en «la mansión de las sombras» y escuché la amenaza de ese loco —insistió Víctor West sin aceptar la derrota—. ¡No me equivoco!

—Conozco personalmente ese lugar extraordinario. Y le haré una confidencia, que tal vez sirva para encontrar la razón de sus sospechas. Cuando abandoné «la mansión de las sombras» creía ver monstruos por todas partes. Y le aseguro que durante unos días pensé que Kurt Chade era un demente. Luego, en visitas sucesivas, tuve ocasión de superar el error. Algo de esto le ha sucedido a usted —el fiscal alcanzó el teléfono—. Ordenaré a la policía que busque a un chiflado que odia a los animales, está

al tanto de lo sucedido en el «Miami Eagle», y acostumbra a merodear por las casas de las jóvenes que viven solas.

Víctor entendió que era inútil seguir discutiendo con un hombre que necesitaba hechos concretos. Por eso no insistió más y abandonó el despacho de una forma correcta.

Pero fuera, en el aparcamiento judicial, esperaba Marilyn. Y ella necesitaba ayuda, porque nadie podría convencerla de que el terror sufrido durante aquella noche sobrecogedora era algo sin importancia.

—El fiscal considera que fuiste atacada por un maniaco, que se disfraza de monstruo de Frankenstein influenciado por la importancia de los medios de información que han dado al asesino de Gerold Gold —dijo sin querer ocultar la verdad.

—Eso significa que Kurt Chade y sus secuaces disponen de una buena coartada.

—La mejor. Se hallaban a más de dos mil quinientos kilómetros de Miami.

—¿Cómo es posible?

Marilyn tomó el volante en sus manos, apretando con todas sus fuerzas y movió la cabeza en una negativa, y las lágrimas asomaron a sus bellos ojos.

—¡No! ¡Yo fui víctima de un plan diabólico! ¡Jugaron conmigo como con una cobaya! —se volvió hacia Víctor, que acababa de sentarse a su lado—. ¡Ese monstruo debió llegar a las cercanías de mi casa la noche anterior, como lo prueban los ladridos y el extraño comportamiento de «Marlon Brando», examinó la zona y veinticuatro horas después me atacó! No quería robar, ni matar... ¡Únicamente deseaba mostrarme hasta qué punto el terror puede aniquilar a una persona! ¡Quería probar la realidad de que los monstruos del cine resultan más dañinos fuera de la pantalla!

—Tranquilízate, querida —aconsejó Víctor al mismo tiempo que conseguía separarla del volante—. Los dos sabemos la verdad pero no es posible probarla. Conviene que aceptemos la situación, por dura que nos parezca, y pensemos en la forma de desenmascarar a Kurt Chade y a sus cómplices.

—¿Cómo lo lograremos? ¿Existe alguna forma de combatir a unos locos homicidas que disponen de medios demoníacos para atacar impunemente?

—Debe haberla. ¡Y te aseguro que daré con ella! Es un hombre, nada más, y su locura le hace vulnerable... ¡Necesitamos encontrar su punto débil!

—Confío en ti, amor mío.

* * *

—Señor periodista, ¿qué le diré a usted que no haya dejado escrito en la

comisaría? Ya me han mareado demasiado... Juliano, ven aquí que te hagamos unas fotografías; Juliano ¿por qué sospechaste de tu ayudante? Juliano, cuánto tiempo llevas en el rancho «Sonrisa Abierta» —protestó el viejo mexicano—. ¡Pues ándele ya que empiezo a estar hartito de tanto preguntón!

Bruce West y la fotógrafa Ilka Catton se hallaba en una cantina situada en las afueras de Gila Bend. Los tres ocupaban una de las mesas del interior.

—Somos corresponsales del «Miami World» y de una cadena de prensa que cubre todo el país —dijo el ex jugador de baloncesto queriendo impresionar al cuidador de caballos—. ¿Le parece bien doscientos dólares por la molestia? —y colocó el dinero en la mesa.

El viejo miró los billetes, cogió el vaso de tequila, dedicó un brindis a la mujer, bebió un trago largo, se limpió con el dorso de la mano y dijo galante:

—No, patrón. Guárdese su dinero. Pues Juliano no cobra por mirar una flor, y usted ha traído aquí la más linda.

—Gracias por el piropo, señor Ramírez.

—¿Son ustedes novios?

—¡Ja, ja, ja!

La risa de Bruce West hizo que Ilka compusiera un gesto de enfado, que divirtió mucho al mexicano.

—Únicamente somos dos profesionales que trabajamos para el mismo periódico.

El tema era divertido para el ex jugador de baloncesto, pero se hallaban en la cantina por algo muy distinto.

—Juliano, deseo que me cuente su versión del asunto de la forma que le resulte más cómoda.

—¿Sin preguntarme usted?

Pareció ligeramente sorprendido. Luego soltó una carcajada y se bebió el resto del tequila.

—Es el trato, amigo —Bruce preparó el bloc y la pluma estilográfica—. Empezé cuando gusté.

—Va a resultar toda una novedad, claro que sí —el cuidador de caballos se recostó en el asiento—. A mí no me gustaba el tal Stuart Falt, pero respeté los deseos del patrón, que en gloria esté, porque soy un empleado y no un protestón. El interesado me dijo que había estado en un manicomio y que al darle el alta se vino para el rancho, debido a no sé qué de una organización de rehabilitación... ¡Bueno, ya me dejó de andar por las ramas y ahorita cortaré el tronco para ustedes! La mañana siguiente a la muerte del patrón, que en gloria esté, me levanté con la boca pastosa. Más tarde supe que a todos les había pasado lo mismo. Y empecé a darle a la cabeza...

El mexicano volvió a echar tequila al vaso. Momento que aprovechó Ilka para hacer una fotografía.

—Este viejo siempre ha tenido los ojitos abiertos y la cabezota despejada. Vamos, que no se me olvida nada. ¡Pero aquello me costó sacarlo fuera! —el rostro del mexicano se animó y sus pupilas tomaron un brillo inusitado—. Entonces corrí a la escalera que lleva el depósito del agua... ¡Y allí estaban los restos de arcilla roja que yo había visto la tarde anterior! Para comprobarlo con exactitud necesité subir alto y yo tengo cerca de setenta años, aunque me funcionan bien los huesos. Le eché voluntad al asunto, llegué a los peldaños sucios y supe de qué lugar era la arcilla... ¡Por ese lugar solo había estado Stuart Falt!

Hizo una pausa para tomar un trago y sonrió al ver el interés con que era escuchado.

—Imaginé la causa de levantarnos todos con la boca pastosa y del sueño pesado. Pero callé porque había mucho jaleo en la casa y las gentes nos miraban a todos como si fuéramos bichos raros... En el momento que supe lo de la percaína, encontrada en los análisis hechos a la señora, ya no cerré la boca. Por mí, los técnicos fueron al depósito y encontraron residuos de la droga... ¡Y este viejo laceó al culpable, con la ayuda de dos peones, como si fuera un potro salvaje y probé más tarde que eran ciertas mis sospechas! El loco tendió una trampa infernal abusando de la confianza que se le daba. Robó la pistola que el patrón, que en gloria esté, guardaba en la mesita de noche; también averió las líneas telefónicas; sacó los coches sin ponerles en marcha del garaje para ocultarlos en el bosquecillo; y nos drogó a todos... Luego debió disfrazarse de ese demonio de dientes afilados que chupa la sangre... Creo que le llaman el conde Drácula. ¡Llegué a oír que el pájaro endemoniado podía hipnotizar a ciertas personas! La policía se hizo cargo de él, sin poder impedir que acabara suicidándose... ¿Han oído ustedes alguna vez una historia más terrible?

Ilka Catton obtuvo más fotografías del mexicano, mientras Bruce contemplaba la entrevista.

Caía la noche cuando abandonaron la cantina. En el interior alguien tañía una guitarra y una voz varonil inició la canción «India consentida». El aire era fresco y la luna se encontraba en todo lo alto del cielo.

—El mejor escenario para una serenata a una señorita como la que le acompaña, periodista. ¿Por qué no se anima? —y le guiñó picarescamente.

Los dos jóvenes se alejaron riendo alegremente.

Capítulo 9

C

UIDADO. Bruce! —gritó Ilka al ver al loco escapar de una de las celdas.

El ex jugador de baloncesto se volvió hacia su derecha y, antes de que pudiera defenderse, cayó sobre él un desesperado que blandía un trozo de cristal.

Los dos hombres rodaron por el suelo del corredor, de aquella nave del manicomio «Elmer Chade», librando una pelea en la que no cabía ninguna concesión al adversario.

Bruce se había visto obligado involuntariamente a hacer una. Supuso, teniendo al loco sobre él, que otra significaría su muerte.

Aquel ser jadeaba, tenía los ojos inyectados de sangre y sonreía diabólicamente, mientras iba consiguiendo que el cristal descendiera hacia el rostro del periodista a pesar del obstáculo que suponían las manos de este.

Ilka levantó la máquina fotográfica dispuesta a utilizarla como maza, pero le fue imposible porque los dos hombres estaban muy juntos.

Bruce aprovechó el punto de apoyo que le ofrecía el suelo para dar un salto, haciendo acopio de todas sus fuerzas, y logró derribar a su enemigo.

—¡Quieto! ¡Dispararé si no vuelves a la celda!

—Tú no serás capaz porque yo soy un enfermo. Lo único que pretendes es amedrentarme —la lógica del demente producía escalofríos—. Solo te queda el recurso de vencerme por la fuerza. ¡Y no lo conseguirás nunca!

La mujer creyó que debía intervenir y descargó la cámara fotográfica sobre el loco.

Pero este eludió el impacto y, a la vez, alcanzó la larga correílla de la funda. Y con un tirón violento arrastró materialmente a la mujer, mientras reía al ver los esfuerzos inútiles de su víctima.

Una nube roja de cólera cegó a Bruce West, porque sus principios se rebelaron contra aquella muestra de sadismo, y saltó dispuesto a resolver la situación.

Con la culata del revólver golpeó al demente en el mentón y en el hombro derecho, obligándole a soltar la correílla de la máquina fotográfica. Luego le asestó una patada en la mano que sujetaba el cristal, y le remató con un izquierdazo en el plexo solar.

—¿Cómo se encuentra, Ilka? —preguntó vivamente, interesado.

—Bien. Creí que ese hombre iba a matarle a usted —dijo recuperándose.

Habían conseguido devolver al loco a su celda cuando aparecieron los enfermos, los cuales mostraron su sorpresa al saber lo ocurrido y ver el cristal.

—Es la primera vez que uno de los pacientes de esta sala consigue escapar de su celda —expuso uno de los empleados del manicomio—. Esta fue la razón por la que ustedes no llevaban protección... ¡Lamento enormemente las molestias que les ha ocasionado nuestra excesiva confianza...!

—Deje las frases rebuscadas para los juegos florales —estalló el periodista, sin aceptar que una simple disculpa sirviera para que ellos olvidaran el peligro que acababan de afrontar.

—Vinimos aquí con el propósito de examinar el ambiente en el que vivió Stuart Falt. Tenemos una autorización firmada por su director —siguió hablando con la misma dureza—. Ustedes eran responsables de nuestra seguridad... ¡Y tienen la obligación de saber quién abrió la celda y por qué el demente iba armado con un cristal!

Los tres enfermeros se miraron asustados, demostrando que el ataque verbal de Bruce había sido efectivo.

—Diré más... ¡El loco nos esperaba a la señorita y a mí! ¡No fue un ataque casual!

Apoyó las palabras con el «Smith & Benson», que desenfundó de una forma espectacular, buscando intimidar a aquel trio de incompetentes.

—¡Andando! ¡Todos iremos a dialogar con el director!

Empujó a uno de los enfermeros, sin ningún miramiento, siempre exhibiendo el revólver. Todos se pusieron en movimiento.

—Nos está prohibido abandonar la vigilancia del ala norte del manicomio —dijo el mayor de los tres—. Pueden escaparse otros pacientes.

—Una preocupación que resulta absurda si tenemos en cuenta lo que nos ha ocurrido a nosotros, pero que tendré en cuenta —admitió el periodista—. Ahí veo un teléfono. Utilícelo para que les envíen un relevo.

El enfermero cumplió la orden, sin dejar de mirar al negro cañón del arma, a costa de temblarle la voz y tragar continuamente saliva.

Luego esperaron ante la puerta enrejada que daba acceso al corredor de los pacientes peligrosos, Ilka se sentó en la silla del vigilante y dejó la cámara fotográfica sobre una pequeña mesa de madera.

Minutos después escucharon los pasos y las voces de los enfermeros que venían a relevar a los incompetentes.

Bruce West se adelantó hacia la escalera mostrándose impaciente. Y este sentimiento estuvo a punto de costarle muy caro, porque dio la espalda al más viejo de sus tres prisioneros; al cual permitió alcanzar la máquina fotográfica y no fue capaz de evitar el golpe que le hizo perder el «Smith & Benson».

Pero sí pudo recuperarlo antes de que lo cogieran los atacantes.

Cuando se dio la vuelta, empuñando el revólver, dos de los enfermeros escapaban en un cercano montacargas. Y se los tragó el suelo sin dar tiempo a que se produjera ningún disparo.

—Ellos me obligaron... Y no quería hacerlo —gimoteó el tercero—. Al y Robert sabían quién es usted y hablaron de liquidarle... Siempre les he tenido miedo.

—Ese es su problema, amigo —el periodista siguió manteniendo la dureza—. ¿Dónde han ido esos granujas? ¡Conteste o se tragará mi puño!

—Al cuarto de calderas, señor... Hay una puerta que les permitirá salir al depósito de carbón... No podrá alcanzarles.

—Ese no es mi trabajo. Con la huida me han proporcionado la respuesta que yo necesitaba.

El relevo de enfermeros se hizo cargo de aquel ala del manicomio. Y los dos periodistas marcharon, con su asustado prisionero, al despacho del director.

Este, al conocer lo sucedido, compuso una expresión similar a la de los tres incompetentes. Pero su segunda reacción, totalmente positiva, sirvió para tranquilizar a Bruce.

—Sheriff, envíe un coche patrulla al manicomio «Elmer Chade». Acaba de producirse un intento de asesinato. ¡Le ruego que traiga todos los efectivos que sea posible!

Al dejar el teléfono seguía muy preocupado. Se tocó sus escasos cabellos y miró a los dos periodistas, que se mantenían de pie, y a su subalterno.

—¡Qué fatalidad! ¡Jamás había ocurrido algo así en ninguno de los establecimientos psiquiátricos que han estado a mi cargo! ¡Les aseguro que los culpables recibirán un castigo ejemplar!

Tomó asiento en una mecedora cerca de la ventana, donde le daba de lleno el aire del ventilador de mesa, e invitó a los periodistas a que ocuparan unas sillas.

—¡Estas negligencias requieren unas medidas drásticas! ¿Qué se pretendía atacándoles a ustedes?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros, señor Clarke —reconoció Ilka.

—Creímos que usted nos proporcionaría alguna explicación.

—¿Qué voy a decirles si estoy tan sorprendido y furioso como ustedes? ¡Les aseguro que preferiría haberme enfrentado yo con ese loco! —el director se llevó las manos a las sienes—. ¡Y va a suceder esto cuando se encuentra aquí el señor Chade!

—¿De quién está hablando? —quiso saber Bruce.

—De nuestro benefactor. Gracias a él fue edificado este manicomio, que lleva el nombre de su difunto hermano, y disponemos de los mayores adelantos clínicos. Se llevará un disgusto mayúsculo al conocer el grave incidente... Se llama Kurt Chade. Ustedes deben haber oído hablar de él

pues tiene una casa en las proximidades de Miami, a la que se conoce por «la mansión de las sombras».

El ex pívot de baloncesto adelantó el cuerpo, sin ocultar el interés, y comenzó a pensar en lo que había escuchado:

—El asesino de Howard Hope estuvo recluido aquí, Kurt Chade tiene una propiedad en Miami, a unos cincuenta kilómetros del hotel donde mataron a Gerold Gold, y viene al manicomio cuando le place. ¿No es una coincidencia digna de ser investigada ampliamente?

Era un periodista vocacional y pensó más en la noticia que en el peligro que afrontarían si sus sospechas se hacían realidad, por eso se precipitó al preguntar:

—¿Existe algún medio de entrevistar al señor Chade?

—Pues... Es difícil, porque él utiliza su casa, cuando nos visita, para descansar. Actualmente inicia el proceso de adaptación a una cura de sueño —el director alcanzó el teléfono—. Pero, ¿quién sabe si hará una excepción con ustedes?

Ilka no había dejado de mirar a Bruce, adivinando su interés, y estuvo a punto de decirle que abandonara aquella idea.

—¿Señor Chade? Perdone que le moleste... Sí, recuerdo sus órdenes estrictas de que se le llame nada más que cuando ocurra algo muy importante... En efecto. El suceso debe conocerlo usted —Zachary Clarke hablaba con una sumisión impropia de un médico que tenía a su cargo una institución psiquiátrica—. Pero me he permitido suponer que no le importaría recibir la visita de unos periodistas, debido a que estos son los más perjudicados por el suceso que los tres le contaremos personalmente... ¿Qué decide al respecto?

Bruce West sacó una cajetilla de tabaco, la abrió parsimoniosamente, y se la ofreció a Ilka, al director y al enfermero. Luego encendió cuatro cigarrillos.

—El señor Chade accede a sus deseos, pero les impone la condición de que la entrevista se realice lo antes posible y en el tiempo más breve. ¿Les parece bien?

—Estupendamente, señor Clarke —contestó el ex deportista sin ocultar su ansiedad.

—Espéreme usted aquí, Joshua. ¡He de hablar con usted ampliamente! ¡Lo haré responsable de la negligencia!

—Yo, señor director... Fui obligado... Me amenazaron.

—¡Eso no disminuye su delito! Volveré enseguida... ¡Y quiero encontrarle dónde está ahora!

Los tres abandonaron el despacho, descendieron por una escalera alfombrada, cruzaron la sala de recepción, recorrieron unos amplios jardines y, por último, se encontraron ante un gran edificio de sobria arquitectura.

—Esta es la vivienda de nuestro mecenas. He de hacerles una

advertencia antes de que crucen la puerta: Acepten las explicaciones del señor Chade y no pretendan forzarle con preguntas muy personales. Tengan presente que van a tratar con un hombre muy sensible... Sé que no buscarán ninguna noticia sensacionalista, por lo que les doy las gracias anticipadas.

—Palabras —pensó Bruce—. Hablaba como un papagayo creyendo que así no adivinaremos su miedo... ¡Desde ahora no separaré la diestra de la culata del revólver!

Un servidor vestido de negro abrió la gran puerta de madera, tras la cual se hallaban unas habitaciones asépticas, de paredes blancas con unos adornos mínimos y muebles prácticos.

—¿Quieren pasar aquí? El señor Chade no tardará en estar con ustedes.

Ilka y Bruce entraron en una estancia similar a las anteriores, en la que una mesa y cuatro sillas se hallaban fijas al suelo.

—Siento tenerles que dejar solos. Verán que aquí no hay nada con lo que hacer más entretenida la espera... ¡Cierto es que ustedes no van a tener mucho tiempo de aburrirse! —exclamó componiendo una expresión demoniaca.

¡Entonces los dos periodistas supieron que habían sido conducidos a una trampa!

El ex deportista desenfundó el «Smith & Benson» y disparó sobre la única puerta de la habitación, que el director del manicomio ya había cerrado.

Las balas nada pudieron contra la gruesa y dura madera.

Enfundó el revólver sin haber vaciado el tambor y, acto seguido, llegó a la puerta que intentó abrir con todos los medios a su alcance.

—¡Bruce, mire! —gritó la joven señalando hacia el techo de la estancia—. ¿Qué es eso?

De unas rejillas de aireación comenzó a salir un gas blanquecino.

—¡Ilka, tápese la nariz y la boca con un pañuelo! ¡Solo así seguiremos luchando por escapar de esta trampa!

El hombre intentó servirse de los cinco muebles, y comprobó que no disponía de medios para quitar los tornillos que los fijaban al suelo. Luego volvió a enfrentarse con la puerta.

La mujer actuó de una forma similar. Mientras sentía un fuerte escozor en los ojos, una náusea irreprimible y un aturdimiento general que en segundos se convirtió en una pérdida total del conocimiento.

Y los dos periodistas que habían arriesgado demasiado, en un juego que les brindó muy tarde el poder de su adversario, acabaron tendidos en el suelo, indefensos, y sin ningún contacto con la realidad.

Capítulo 10

B

RUCE West al despertar se sintió muy débil, con la garganta reseca y tardó mucho tiempo en percibir la realidad.

Primero, advirtió que sus manos se hallaban inmovilizadas y que le resultaba imposible levantar los pies. Segundo, quiso girar su cuerpo y tampoco lo consiguió. Y tercero, descubrió aquellos dos rostros sobre el suyo, mirándole fijamente, y escuchó una voz que no entendió de inmediato:

—El surital rebajado, que empleamos para dormirles, ya ha cumplido su misión. Ahora este paciente acusa un aturdimiento lógico. Ya empieza a tener un exacto sentido del mundo que le rodea... ¡Cosa que no va a divertirse!

El periodista advirtió que se hallaba atado a una cama y que llevaba una camisa de fuerza. Reconoció a uno de los rostros: Zachary Clarke, el director del manicomio. Pero el hombre que se sentaba en una silla de ruedas le resultó desconocido. Sí, claro, era precisamente...

—Ha llegado el momento de las presentaciones, señor West. Soy Kurt Chade... Usted se preguntará, como es lógico, qué vamos a hacerle y por qué. No estoy obligado a responderle. Me ha dado motivos para considerarle un hombre muy peligroso. Pero como resulta que le tengo metido en la jaula de las cobayas, de donde no podrá escapar, seré tan complaciente que le contaré mi versión del asunto.

El director del manicomio aproximó su cara, de nariz enorme, ojos saltones y amplia frente, al más cercano campo visual del prisionero.

—Recuerde mi consejo, señor West: Debe limitarse a escuchar, sin hacer preguntas difíciles que puedan herir la sensibilidad de nuestro benefactor. ¿Me ha entendido?

Aquella era una representación demencial, en la que Bruce participaba sin conocer el papel que le tocaría interpretar.

—¿Qué han hecho con Ilka Catton? —exclamó desesperadamente.

—Veo que no es usted muy prudente, señor West. ¿No entiende que su situación es enemiga de cualquier exigencia que nos moleste? Acaba de hacer una pregunta difícil —Zachary Clarke mostró una inyección que contenía un líquido verde—. ¿Ha oído hablar de los derivados del curare? ¡Una pequeña dosis de turbocuranina introducida en su cuello paralizaría todos los músculos de la cabeza y su cerebro dejaría de ser una máquina viva, pensante!

La aguja hipodérmica fue aproximada a la garganta del periodista. Este levantó la cabeza, queriendo escapar de la amenaza, pero sus movimientos estaban limitados por las correas que sujetaban sus brazos y piernas y por la camisa de fuerza.

—Ama la vida y le asusta el escaso contenido de la inyección...
¿Aceptará el papel sumiso que le he aconsejado, señor West?

Prefirió mantener la calma, admitiendo que nada conseguiría con una actitud agresiva, y no contestó.

—El silencio resulta una buena señal para nosotros, porque demuestra su primera claudicación... Ya es todo suyo, señor Chade.

—Gracias, mi fiel Zachary.

El inválido giró las ruedas de su silla hasta situarse muy cerca del prisionero.

—Procuraré ser lo más breve posible en las explicaciones... Hace muchos años, en 1939, mi hermano murió ahorcado por culpa de un bromista y yo me vi obligado a matar a dos hombres y a incriminar a un tercero, de tal forma que tres años después fue conducido a la cámara de gas de San Quintín. Por estas fechas me encontraba en un manicomio, donde se me había recluido porque nadie quería creer mi confesión sobre los crímenes y la inocencia de Paddy O'Hara... ¡Todos pensaban que yo estaba loco! —la voz era helada, sin emoción y mostraba un gran fatalismo.

Bruce escuchaba con una expresión indiferente, mientras su cerebro buscaba la forma de escapar de aquel infierno. Sabía que las palabras de Kurt Chade eran una absurda demostración de superioridad.

—En el manicomio encontré a muchos hombres que, como yo, odiaban la risa y las bromas. Porque las carcajadas surgen ante las desgracias y las deformidades. ¿Cuántos chistes se montan alrededor de un jorobado, de un cojo y de todo aquel que nace con un defecto físico o tiene la fatalidad de sufrir un accidente en cualquier momento de su vida? Alguien resbala y los espectadores sienten antes la burla que el deseo de ayudar. Esto lo experimenté el día que sufrí el accidente en la escalera de mi casa. Aún escucho las carcajadas de los Johnson al verme rodar por los peldaños. Solo mis gritos de dolor les descubrieron que me había fracturado las piernas. ¡Reían y yo acabé sentado en una silla de ruedas!

La voz de Kurt Chade cobró una emoción extraña, dando idea de que la explicación iba a tomar un tema muy importante para él.

Mientras, el periodista se mantenía quieto, con los ojos clavados en la blancura del techo, escuchando y realizando un gran esfuerzo para no mostrar sus sentimientos.

—Pero la quietud de esta silla me hizo pensar mucho. Y así advertí una faceta distinta y opuesta de las deformidades: El monstruo. La literatura y el cine han mitificado los defectos físicos, convirtiéndolos en un motivo de horror. El gigante de fealdad extrema y torpes andares causa risa, pero si sus defectos se aumentaban pasa a convertirse en un «golem» o en el

monstruo de Frankenstein y entonces recibe la dignidad nacida del miedo de los hombres normales... ¡Por eso mandé construir «la mansión de las sombras» y empecé a coleccionar objetos utilizados en las películas!

La pausa le sirvió para tomar un vaso de agua, en el que se disolvía un tranquilizante, y volvió a recuperar su expresión helada.

—La silla de ruedas me dio algo más. El deseo de eliminar a los bromistas. Mi empresa es difícil porque cada hombre cree necesitar el humor. Pero nada es imposible. Únicamente debo reunir a quienes piensen igual que yo: y el lugar ideal es un manicomio. Por eso he construido el «Elmer Chade», donde puedo seleccionar a mis colaboradores... ¡Ellos me han permitido eliminar a dos cómicos famosos! ¡Pronto caerán otros...! Y seguiría hasta conseguir que todos los actores se nieguen a subir a un escenario para provocar la risa.

Kurt Chade accionó las ruedas de la silla y se alejó de la cama. Su rostro era una máscara impenetrable y sus labios una línea delgada, cruel.

—Han terminado las explicaciones, señor West —anunció Zachary Clarke—. Me agrada su sumisión, que hace inútil la turbocuranina.

Pero Bruce no pudo frenar la imperiosa necesidad de formular aquella pregunta:

—¿Qué han hecho de Ilka Catton? ¡Contesten! ¡Háganme lo que quieran, pero a ella déjenla en paz! ¡Soy yo quien ha querido desenmascararlos!

Las palabras fueron ahogadas nuevamente por la aguja hipodérmica que se acercaba a su cuello. Sacudió la cabeza infinidad de veces, no queriendo ser un blanco fácil. Pero su resistencia tenía un alcance limitado porque había sido minada por el gas.

Cuando empezaba a ceder, cubierto de sudor y con los nervios a punto de estallar, el director le colocó una mascarilla adaptable a la cara, obligándole a respirar si no quería ahogarse.

Bruce supo que le estaban administrando cloroformo, y en el acto, acusó un escalofrío al sentir el pinchazo de la aguja hipodérmica. Ya nada podía hacer, aunque quisiera.

—La joven no se encuentra sola. Tiene unas compañeras con gran imaginación para insultar a las recién llegadas. Todas llevan una camisa de fuerza...

La mente del periodista, al caer en el abismo de la inconsciencia, recogió la última frase oída: «...llevan una camisa de fuerza» y la repitió en un sonido decreciente que terminó por desvanecerse.

* * *

—¡Hoke Lee! —exclamó Víctor West al subir al «Chevrolet» y dejar la carpeta en el asiento delantero—. ¿Qué ha hecho con Marilyn?

—Golpearla en la barbilla para eliminar su histerismo... ¡Quieto,

jovencito!

Ninguna orden verbal iba a detenerle, porque el hecho de que su prometida hubiera sido golpeada le convirtió en una fiera.

Saltó sobre el gigante y golpeó al aire su derecha. V, al ir a insistir con izquierda, descubrió la navaja automática que blandía Hoke.

—No soy su enemigo, jovencito. Me he acercado a la biblioteca porque deseo hablarle —dijo el ex luchador de «catch» con acento amigable—. Me encuentro fuera de la cárcel gracias a la campaña organizada por el «Miami World». Yo soy un tipo agradecido... Víctor, conozco a su prometida y a usted porque me he informado bien. El fiscal me habló de pasada, al concederme libertad provisional bajo fianza, de la acusación que usted hizo contra Kurt Chade. Creo que puedo ayudarle.

Aquel hombre era sincero. El articulista cambió su actitud agresiva por otra de preocupación, pasó al asiento trasero y atendió a la mujer. Mientras Hoke guardaba la navaja.

—¿Qué ha ocurrido realmente?

—Ella comenzó a gritar nada más verme creyendo que iba a atacarla... ¡Todo se lo debo a mí aspecto de «killer»! De buena gana me hubiese largado de aquí, pero me lo impidió el convencimiento de la ayuda que puedo brindarles a ustedes... ¡De verdad que siento haber golpeado a su prometida!

—Lo entiendo. Marilyn fue atacada por uno de los secuaces de Kurt Chade. Se equivocó porque usted debe tener la misma estatura y el peso de aquel asesino, y como ella no pudo identificarle...

La joven comenzó a recuperarse. Víctor la mantenía cogida por los hombros, y al verla abrir los ojos, dijo:

—Cariño, el señor que nos acompaña quiere ayudarnos. Nada tiene que ver con el loco que asaltó tu chalet aquella noche. Ha debido golpearte para frenar tu ataque de histerismo... ¿Cómo te encuentras?

—No del todo mal. Oye, ¿me ha quedado alguna señal en la barbilla?

—Déjame que te mire... Pues no. Sigues teniendo la barbilla más deliciosa del mundo.

—Gracias por la terapia, señor...

—Hoke Lee, señorita Shaw —el ex luchador de «catch» se mostró nervioso—. Víctor, le contaré la razón de mi presencia aquí. Yo estuve recluido en el manicomio «Elmer Chade»...

—¿Es posible? —el joven cogió la carpeta, la abrió y mostró las notas que guardaba—. Llevo cuatro días examinando recortes de periódicos, buscando cualquier noticia que se relacione con Kurt Chade y «la mansión de las sombras»... Hoy había compuesto un buen *dossier* sobre la institución psiquiátrica.

—Yo estuve en ella después del accidente que me retiró de la lucha libre. El cerebro me funcionaba mal... Recuerdo que ese inválido me estuvo observando durante muchos días, siempre desde la ventana más alta de su

casa, y una mañana me mandó llamar. Entonces yo tenía muchos motivos para odiar al mundo. Sus razonamientos contra los bromistas y la risa me hicieron pensar. Pero más fuerte que cualquier palabra era mi deseo de escapar de allí. Lo conseguí casi de una forma casual. Yo era el encargado de sacar las basuras hasta el edificio de la luz, en cuya puerta había una gran calavera, y el letrero «peligro de muerte», que estaba abierto. Aún no me explico cómo se me ocurrió lanzar uno de los grandes cubos sobre el gran tablero de los interruptores generales... ¡Formé una traca de mil demonios! Luego me di cuenta que el manicomio había quedado sin luz, y la entrada principal no podía ser cerrada por falta de electricidad. Hui de allí... ¡Y hasta ahora!

—Eso quiere decir que en el manicomio se decidió ignorarle a usted. ¿No sería que deseaban evitar a la policía? —preguntó Víctor West.

—Creo que me consideraron un tipo insignificante, siempre me ha sucedido lo mismo... ¿Qué opinan de lo que les he contado? ¿Creen que merece la pena?

—¡Claro que sí, Hoke! ¡Marilyn y yo pensábamos tomar el avión que enlaza con Silver City...! ¿Le sucede algo? ¿Por qué me mira así?

—Yo no puedo utilizar ese medio de transporte, porque en el aeropuerto me detendría la policía. Pero nadie se enteraría de mi incumplimiento de la libertad bajo fianza si utilizásemos el coche. ¿Qué les parece?

—Hay dos mil quinientos kilómetros de distancia. Es un día de viaje, siempre que se pare nada más que en las gasolineras —a Víctor no le agradaba la idea.

—Yo podía conducir en las zonas donde no haya muchas concentraciones de casas. Además vengo provisto de unas gafas de sol y un sombrero texano —de una bolsa, que permanecía junto al coche, sacó el camuflaje y se lo puso—. Mi fotografía ha sido publicada en todos los periódicos del país. ¿Creen que esto me cambia algo?

—Lo suficiente, señor Lee. ¡Cariño, vendrá con nosotros!

—Con esto contravenimos una ley, Marilyn. ¡El fiscal del distrito se echará sobre nosotros! ¡Le daré la oportunidad de resarcirse de mí «falsa acusación» contra Kurt Chade!

El ex luchador de «catch» y la joven terminaron por convencer al indeciso.

—Una pregunta, Hoke. Quizá sea algo insignificante. Pero he pensado varias veces en ello. Vi que el dueño de «la mansión de las sombras» llevaba unos zapatos cuyos tacones aparecían muy gastados en los interiores... ¿Es lógico en un paralítico?

—Yo creo que no. ¿Y usted qué opina, señor Lee?

—Soy muy poco observador.

Capítulo 11

L

A loca de la cama de al lado escupió a Ilka Catton en la cara y la insultó, como llevaba haciendo durante aquellos dos días de encierro.

Todas las mujeres que se encontraban en la sala llevaban camisas de fuerza y tenían los pies atados a la cama. Eran sicópatas agresivas, que en caso de hallarse en libertad hubieran intentado golpear a las demás o suicidarse.

La joven periodista se había mantenido siempre tumbada, sin querer mirar a aquellas desgraciadas y haciendo oídos sordos a cualquier tipo de voz, pensando en la suerte que podía correr Bruce West y en lo que le esperaba a ella en el manicomio.

De repente, el sonido de la puerta, que se prologó con un timbrazo, consiguió que se hiciera un gran silencio. Porque entraban las celadoras, llevando una pequeña fusta que muchas de las locas habían sufrido en sus cuerpos.

—Arriba, dormilona. Es la hora de la comida —dijo una de ellas a Ilka desatándole las correas de los pies—. Me encantaría que nos dieras un motivo para medirte las costillas con este cuero... ¿Qué digo? Tú eres una cordera asustada, que prefieres evitar el castigo.

Abandonó la cama sintiendo el peso de las miradas de todas las locas, que permanecían incorporadas, sin atreverse a hablar por miedo a los golpes.

Le quitaron la camisa de fuerza y pudo ir al cuarto de aseo, bajo la vigilancia de una celadora. Luego casi no probó bocado porque se lo impidió su estado anímico.

Una circunstancia imprevisible, tal vez un error de sus guardianas, le permitió tener al alcance de la mano el cuchillo cuando nadie la miraba.

Ilka pretendió guardárselo, aunque estaba segura de que lo echarían en falta, porque era una oportunidad que debía aprovechar.

—¡Suéltalo, lista! —gritó la celadora más agresiva—. ¡Ya me has dado la oportunidad que estaba esperando!

La fusta silbó en el aire y golpeó el brazo derecho de la periodista, obligándole a dejar el cuchillo, y la segunda vez le hirió en la espalda y la hizo caer al suelo.

—Ni una queja. Quizá la hubieras soltado si llego a marcarte... —habló con un tono cruel aquella mujer de rostro caballuno y ademanes muy poco femeninos—. La próxima vez te dejaré una señal en tu bello rostro. ¡Ven

que te ponga la camisa de fuerza!

Cuando fue dejada en la cama aún le dolían los golpes. Las lágrimas seguían queriendo brotar, pero las contuvo para no dar una satisfacción a su enemiga.

Se escuchó la puerta y el timbre. Entonces estallaron los gritos, los insultos y la «normalidad» de aquella sala, cuyos ocupantes ya no sufrían ningún tipo de amenaza.

Entonces Ilka Catton descubrió algo sorprendente: ¡Las correas de su camisa de fuerza estaban sueltas!

No pensó en otra cosa que en la libertad alimentada por el error. Se quitó aquella prenda de lona y, después, soltó las sujeciones de sus pies.

Las locas aumentaron los gritos. Unas le suplicaban que las dejara libres; otras seguían insultándola, y unas terceras aullaban materialmente llamando a las celadoras. Formando un griterío ensordecedor.

Ilka llegó a la puerta sabiendo que sería descubierta. Recordando la amenaza de la celadora temió que aquello fuese el motivo para que la fusta le marcara la cara. Pero no dio un paso atrás.

Abrió la puerta con cuidado. El griterío de las locas no constituía una novedad.

Atravesó el largo corredor con las mayores precauciones. Dos veces tuvo que ocultarse tras las columnas, para evitar ser descubierta. Y por fin se vio ante una puerta que daba al patio, a dónde salió queriendo encontrar algo que le resultara conocido.

—Venga aquí, señorita —le llamó la celadora agresiva—. Me han ordenado ayudarla a escapar del manicomio. Tuve que golpearla para confiar a mí compañera.

Ilka se había sobresaltado al escuchar la voz y, recordando la trampa tendida por el director, creyó que aquella podía ser otra. No obstante se dirigió donde la esperaba la mujer.

—Se está intentando lo mismo con el hombre que la acompañaba. Es posible que usted tema que queramos burlarnos o martirizarla. Piense lo que guste, pero siga el camino más recto hacia la salida. Así conocerá la verdad mucho antes —aconsejó la celadora sin alzar la voz—. Venga conmigo, por favor.

Aquello, aunque resultase una trampa, era mejor que hallarse atada a la cama y con la camisa de fuerza.

Minutos después, al ver a Bruce West, creyó estar soñando.

Los dos corrieron para encontrarse, riendo, sin importarles nada que no fuera el hecho de que el otro se hallaba a salvo.

—¿Qué te han hecho, querida? —preguntó él, tuteándola de una forma natural.

—Me encuentro bien. Tú pareces agotado... ¿Estás enfermo?

—No lo sé. Siento una gran debilidad y estoy como flotando. Me han inyectado drogas... ¿Qué piensas del cambio que han dado a nuestra

situación?

—Tengo miedo. Estamos en un manicomio, donde puede ocurrir lo más absurdo y peligroso —se separó del abrazo y miró a su alrededor—. Nos han dejado solos... ¿Qué hacemos?

—Huir de aquí o intentarlo al menos. Sígueme, Ilka.

Caminaron pegados a la pared del gran edificio, donde se hallaban internados los hombres, cuidando de no dar un paso en falso y negándose a pensar que estaban haciendo el juego al mismo demente que les atrapó en aquella habitación.

Superaron una esquina y se encontraron ante la casa de tres pisos, de sobria arquitectura, a la que fueron conducidos por el director del manicomio.

Y, de pronto. Bruce atrajo hacia él a la mujer. Y los dos volvieron a juntarse a la pared.

—He visto a Kurt Chade en una de las ventanas superiores —expuso el hombre—. Ese loco es el auténtico dueño del manicomio. Tú y yo dudamos de todo y estamos recorriendo un camino que nos desagrada... Creo que conviene disponer de una baza positiva; y esta la tendríamos logrando atrapar al inválido de la silla de ruedas.

—¿Cómo lo harás, Bruce?

—Yendo por él ahora mismo. ¿Me esperas aquí?

—No. Yo voy contigo.

Los macizos de parterres y las flores constituyeron un buen medio de cruzar el jardín con el riesgo mínimo de ser descubiertos. Luego, cerca de las paredes del edificio de sobria arquitectura, buscaron la forma de entrar.

Todas las ventanas disponían de rejas y de cristales especiales que impedían ver lo que sucedía en el interior. Por fin encontraron una puerta abierta, que rebasaron.

—Prefiero que no vengas conmigo, Ilka. Estoy dispuesto a pelear y tú presencia les daría más ventajas a ellos. ¿Lo comprendes?

—Sí... Pero la espera se me hará angustiosa.

Bruce West se aseguró de que la mujer disponía de un buen escondite y, después, subió las escaleras rápidamente, llegó al piso superior y corrió por el pasillo hasta llegar a la puerta, que correspondía a la ventana en la que había visto a Kurt Chade.

En aquel momento el estrépito de unos metales destrozados, le detuvo, cuando iba a accionar la manija de la puerta, y decidió esperar hasta que averiguase lo que ocurría.

Halló refugio detrás de unos grandes tiestos. Pronto vio salir al corredor al inválido y a dos servidores vestidos de negro. Los tres se acercaron a una de las ventanas.

—¡El articulista y la intrusa! ¡Y Hoke Lee! —gritó Kurt Chade—. ¡Apresadlos! ¡Deprisa! ¡Recibirán el mismo trato que los periodistas!

Así fue como Bruce West y el loco se encontraron muy cerca. Solos en

aquel corredor del edificio de sobria arquitectura.

Kurt Chade siguió junto a la ventana, siendo espectador de una escena que creía totalmente favorable a sus intereses, sin advertir la proximidad del hombre que podía hacerle descubrir que cualquier triunfo obtenido con medios delictivos siempre se transforma en un fracaso total.

—Creo que usted no me esperaba.

—¡Eh! —exclamó el loco llevando la diestra al interior de la capa negra.

Entonces el periodista se arrojó al suelo y, empleando las dos manos, comenzó a girar la silla de ruedas, de tal forma que su ocupante no pudiera utilizar el arma con precisión.

Aquel personaje demoníaco, a pesar de hallarse en el centro de un torbellino, disparó la pistola hasta agotar el cargador y gritó de rabia.

El sonido del martillo percutor golpeando el vacío sirvió para que Bruce detuviera la pequeña «noria», cuyo ocupante terminó mareado y caído sobre un lateral de la silla de ruedas.

El periodista le llevó al interior de la habitación, que resultó ser un dormitorio despacho, y después se asomó a la ventana, queriendo averiguar lo que sucedía en el jardín.

Víctor y Hoke Lee peleaban con los servidores vestidos de negro. Y se encontraban en una situación poco favorable. Ciertamente desfavorecida por el número.

Bruce decidió ir en ayuda de su hermano. Pero al volverse descubrió que Kurt Chade estaba a punto de alcanzar el abrecartas, que se encontraba sobre la mesa escritorio, y lo impidió empujando la silla de ruedas con las dos manos.

El loco se vio sometido a una gran velocidad; sus manos fueron incapaces de frenar el pequeño vehículo; y acabó estrellándose contra una enorme lámpara de pie, cayendo al suelo y, golpeándose la cabeza, quedó sin sentido.

Bruce le levantó, comprobando que no tenía ninguna herida, para echarle en la cama. Después guardó la silla de ruedas en una habitación cercana, que pudo cerrar con llave.

—Esta es la única forma de mantenerle quieto —pensó llegando a la puerta—. ¡Eh! ¿Qué hay aquí?

Al agacharse comprobó que en la lámpara de pie se habla ocultado un micrófono. Tiró del cable y observó que se disimulaba bajo el empapelado de la pared.

—No puede ser la obra del hombre que ocupa esta habitación —se dijo muy intrigado—. ¿A quién puede interesar?

La respuesta no era tan importante como lo que sucedía en el jardín, por lo que corrió en ayuda de su hermano. Al llegar a la planta baja del edificio, comprobó que Ilka seguía en su escondite.

—Esperar es más angustioso que caminar por una zona repleta de

peligros —dijo ella muy preocupada—. ¿Qué sucede ahí fuera, Bruce?

—Marilyn, Hoke Lee y mi hermano están peleando con los secuaces de Kurt Chade. Con el coche abrieron la puerta principal del manicomio. Han debido venir al descubrir nuestra desaparición. Voy en su ayuda. Tú sigue aquí, querida.

* * *

Kurt Chade se llevó la mano a la cabeza recordando lo sucedido. Su rostro era una máscara de odio. Apoyando las manos en la cama logró incorporarse y buscó la silla de ruedas.

—¡Ese maldito periodista la ha guardado queriendo inutilizarme! ¡Qué lejos está el muy idiota de imaginar que me encuentre por encima de todos, porque hace mucho tiempo que di con la forma de disponer siempre de un medio de salvación! —pensó dominado por un orgullo demencial.

Pero antes de moverse acusó una ligera vacilación, fruto de los largos años, que había mantenido el secreto. Finalmente se decidió a mover los pies, que le fallaron al apoyarlos en el suelo. Apretando los dientes y buscando el apoyo de la pared empezó a caminar.

—Llevo muchos días sin hacer ejercicio. ¡Pero mis piernas no me conducirán al fracaso! ¡Puedo vencer el dolor físico si me concentro mentalmente!

Cerró los ojos, se llevó las manos a las sienes y levantó la cabeza. Un gesto extraño, la sonrisa de un hombre que llevaba treinta y cuatro años sin reír, confirió un aspecto diabólico a su rostro.

Luego abandonó la pared y caminó por la habitación, con la misma seguridad de un joven que jamás hubiera sufrido la fractura de sus piernas. Así alcanzó el abrecartas que seguía sobre la mesa escritorio.

—¡Vuelvo a ser el de siempre! ¡Para mí no existe obstáculo! —se dijo abriendo la puerta.

Empleó su ascensor particular para llegar al sótano, donde siempre le había esperado un coche dispuesto para que lo utilizase un paralítico de las piernas.

Pero él sí contaba con unas piernas fuertes y ágiles. Ciertamente el vehículo obedecía a su secreto, a la farsa que había mantenido durante más de veinticinco años.

Cuando escuchó la primera voz iba a abrir la portezuela. Y se quedó quieto, anonadado.

—Ricacho, llevo mucho tiempo buscándote. Y ahora te encuentro en otra calleja y rodeado de más basura que había en aquella de Redondo Beach.

¡Era Paddy O'Hara, el marinero de los ciento veinte kilos de peso y más de dos metros de estatura!

—Muchacho, tú sí que tienes imaginación para las bromas. ¡La idea de

tomar mi personalidad para engañar a los pescadores de «The Black Delfín» fue única!

¿Qué hacía allí Archibald Cromwell?

—Estoy esperando mi dinero, amigo. ¡Suelte la pasta, sea usted quién sea! —exigió el tipo pequeñajo con cara de mono y aire de un redomado bromista.

—Nos manda matar por ser cómicos y él se sirve de un truco mucho más divertido que los nuestros, ¿verdad, Howard?

—Claro que sí, Gerold... ¡En el fondo es un humorista fracasado!

El rostro de Kurt Chade cobró un cambio inusitado. Su boca se abrió exageradamente sus ojos casi se cerraron, sus pómulos subieron de color y alzó el mentón para liberar una estruendosa carcajada:

—¡Ja, ja, ja! ¡Estáis muertos! ¡Yo os mandé a la tumba! ¡Volveréis a ella y dejad en paz a los vivos! ¡Ja, ja, ja!

La risa se quebró en sus labios al ver cómo los fantasmas se aproximaban amenazadores.

—¡Fuera! ¡No tenéis derecho a estar aquí! ¡Os haré volver aunque tenga que mataros de nuevo!

Kurt Chade sacó el abrecartas que blandió como una amenaza y, viendo que no era obedecido, saltó dispuesto a ser verdugo por segunda vez.

El acero hirió el aire sin encontrar ninguna víctima.

Mientras él recibía infinidad de puñetazos y patadas, que le hicieron caer al suelo y le impidieron levantarse.

—¡Es un truco vuestro! ¡Nadie puede vencer a Kurt Chade...! ¡Ja, ja, ja! ¡Estás muerto...! ¡Y yo vivo! ¡Ja, ja, ja!

* * *

—Extraña muerte la de Kurt Chade. Agonizó riendo a carcajadas, creyéndose víctima de una broma —dijo Bruce West mirando el humo de su cigarrillo.

Los cinco se encontraban en un restaurante cercano al edificio judicial de Miami Springs.

—Ayer leí un artículo, firmado por un famoso psiquiatra, en el que se brinda una explicación del comportamiento de algunos de los personajes del manicomio «Elmer Chade». ¿Lo conocéis? —preguntó Víctor.

—Kurt Chade al permanecer sujeto a la silla de ruedas, a pesar de poder andar, se sometía a un auto castigo que rompió muchas veces, siempre en secreto, impulsado por su manía demencial de aniquilar a los bromistas. Ahora sé por qué los tacones de sus zapatos gastados. La tarde que le lincharon los locos, llegó al sótano arrastrándose y buscando apoyo en las paredes. Sus carcajadas y los gritos que profirió, antes de morir, prueban que la mente le engañó al hacerle ver a unos muertos. Su salto blandiendo el abrecartas provocó el ataque de los locos, que habían sido sus servidores.

Aquello sucedió cuatro días atrás. Muy poco tiempo para quienes se hallaron bajo una mortal amenaza.

—Querido, la línea de conducta del loco que se disfrazaba de monstruo de Frankenstein, tiene para mí un gran interés. ¿Lo explica ese psiquiatra?

—Las cintas magnetofónicas que guardaba el director del manicomio tocan el tema. Tu atacante nocturno, Marilyn, vivió toda su infancia en un ambiente hostil, por culpa de su deformidad y porque era un subnormal. Careció de juegos y le encerraron en una cuadra, tratándole como a un perro rabioso, obligándole a odiar a los animales. Aceptó llevar el disfraz imbuido en la idea que le inculcó Kurt Chade.

—Yo seré quien explique el comportamiento de Zachary Clarke —intervino Bruce—. Cuando descubrí el micrófono oculto en la lámpara de pie empecé a sospechar algo de esto. El director del manicomio se sometió a los deseos de Kurt Chade con el único propósito de estudiarle, de llevar un historial diario de la locura, rebasando los límites de la investigación científica y convirtiéndose en un criminal. Nos ayudó a Ilka y a mí porque adivinó que el periódico, ante la falta de noticias, habría denunciado nuestra desaparición y la policía terminaría por llegar al manicomio. Pretendía que nosotros le eximiéramos de culpa, pero las grabaciones le condenaron. Suya fue la idea de que el loco nos atacara con el cristal, mientras que Kurt Chade quería convertirnos en dos locos más.

Ilka Catton se levantó, cogió del brazo al ex pívot de baloncesto y sonrió a los demás.

—Ha llegado el momento de alejarnos de los ambientes contaminados, amigos. Lo sucedido es un recuerdo que yo me propongo olvidar por completo. ¿Me acompañas, Bruce?

—Será un placer, cariño —dejó en la mesa el importe de la comida—. Tu empeño me parece digno de ser imitado. ¿Vienes con nosotros, Hoke?

—No, jefe. Va nos veremos en el periódico, si bajas a los talleres, que tres son mayoría en vuestro caso —bromeó el ex luchador de «catch».

El periodista y la fotografía abandonaron el restaurante, el cielo era azul intenso, el aire traía la brisa del mar y se respiraba una gran calma.

—¿Sabes de qué me estoy acordando, querido?

—Aún no he aprendido a leer en tus inmensos ojos verdes.

—De Juliano Ramírez y su frase—: «Son iguales porque Dios las hizo a todas con el mismo patrón...»

—«... Pero cada una tiene distinta vuelta y es cosa del hombre encontrársela» —concluyó Bruce.

Luego los dos rieron abiertamente.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

GRAN
COLECCION
DE TEMAS
RESERVADA
PARA
EL HOMBRE
DE HOY

DRACULA
SATANAS
SADISMO
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRATA
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LOS TEMPLARIOS
LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES

TITULOS PUBLICADOS

ONIROMANCIA
LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO
LA REENCARNACION
LUTERO
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EN TRANCE
LAS HUELLAS DE LA
MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL
VUDU, SANTERIA Y
MACUMBA
VISION MEDIUMNICA

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. **40** PTS.